



Trazos de vida

Memorias compartidas desde las Aulas
Universitarias de la Experiencia UMH

Esther Sitges Maciá

Esther Fuentes Marhuenda

María Amparo Calabuig Puig (Eds.)



UNIVERSITAS
Miguel Hernández



Trazos de vida

Memorias compartidas desde las Aulas Universitarias de la Experiencia UMH

Coordinan:

Esther Sitges Maciá
Esther Fuentes Marhuenda
María Amparo Calabuig Puig
(Eds.)

ISBN:

979-13-87966-18-8

Fecha de edición:

14/07/2026

Editorial:

Universidad Miguel Hernández de Elche

Maquetación:

Servicio de Innovación y Apoyo Técnico a la
Docencia y a la Investigación UMH

Nota de la editorial:

Los textos de esta publicación y su revisión ortográfica
son responsabilidad de los/as autores/as



UNIVERSITAS
Miguel Hernández

Índice

Prólogo	1
<i>Esther Fuentes y Esther Sitges</i>	
Introducción: Las palabras compartidas como puente hacia el encuentro, la reflexión y el reconocimiento mutuo. La metodología de relatos de vida adaptada a las Aulas Universitarias de la Experiencia UMH.....	3
<i>María Amparo Calabuig Puig</i>	
Un encuentro entre notas musicales	9
<i>Alejandro Pidal</i>	
La redacción de un nuevo comienzo	10
<i>Ana Isabel Zapata Quiles</i>	
Arqueología educativa en Elche en los 60-70	11
<i>Antonio Verdú</i>	
Vive cada momento	15
<i>Asunción Fuentes Jaén</i>	
Una breve historia.....	16
<i>Carlos Miranda</i>	
Una llamada, una amistad, una historia compartida.....	23
<i>Carmen Román Pérez</i>	
¡Soy Universitaria!	25
<i>Concha Urbán Abadía</i>	
Cosas que aprendí de mi madre.....	26
<i>Conchi Espejo</i>	
<i>Carpe Diem et Amemus</i>	27
<i>Daniel Moya Fuster</i>	
El legado de Paquito: de chico de barrio a arquitecto de sueños, una vida de entrega y superación.....	30
<i>Francisco Sánchez García</i>	
Lo hicimos juntos	32
<i>Francisco Simón Sarmiento</i>	
Persiguiendo un sueño	33
<i>Gloria Fernández López</i>	
Pincelada de mi adolescencia	34
<i>Gloria Martí Casanova</i>	
La espinita	36
<i>Juana Sánchez Gómez</i>	
La era de la tecnología.....	37
<i>M.^a Ángeles Casillas Jiménez</i>	

Las decisiones que marcan una vida.....	39
<i>Manuel Serrano Romero</i>	
Escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo	40
<i>Manuel Vázquez Marco</i>	
Cinco historias, una amistad.....	41
<i>María Asunción Boix Alberola</i>	
Un país en (la mochila) nuestra casa	42
<i>María Sánchez Tercero</i>	
Humanidad en momentos de vulnerabilidad	43
<i>Salvador Cerveró Ferragut</i>	
Volver a empezar	44
<i>Toñi Almagro Altet</i>	
Más que una anécdota.....	45
<i>Vic74</i>	
El largo viaje.....	48
<i>Jesús Barba Molina</i>	
Los hilos refundados.....	50
<i>Trinidad Bordonado Marco</i>	
La luz al final del túnel	52
<i>Manuel Francisco Canales Soler</i>	
Descubriendo los programas Erasmus. Curso CLIL en Limerick	54
<i>Reme Caro Martínez</i>	
¡¡Qué vicio tengo!!	55
<i>Carlos del Castillo Casal</i>	
A propósito de las emociones	58
<i>J.L.D.</i>	
Kilómetros en un seiscientos	60
<i>María del Mar Lozano Lozano</i>	
<i>Baby Boomers. Mi generación</i>	62
<i>Francisca Pastor Sánchez</i>	
A propósito de la pedagogía	64
<i>Tania Pentcheva Boneva</i>	
Mi experiencia	67
<i>María Etrella Portellano García</i>	
Mi opinión sobre el conflicto entre Estados Unidos y Venezuela	68
<i>Romelia Parra de Aphan</i>	
La niña de la muñeca	70
<i>Luisa Sánchez Giménez</i>	
Seguir aprendiendo	71
<i>Abayomi Tajudeen Mustaphakwenus</i>	

La conquista de un castillo del Rey Loco a lomos de un Audi A4 descapotable	73
<i>María Dolores Cano</i>	
Año 1992. Oposiciones	75
<i>Teresa Sansano Soler</i>	
Recuerdos de París	77
<i>M.^a Carmen Román Castillo</i>	
Mi historia	80
<i>Rosa Muñoz Lozano</i>	
La aventura de la infancia.....	82
<i>Ramona Rubio Rueda</i>	
La bondad que te ilumina. Leo mi cielo de 5 años	84
<i>José Luis Alted Martínez</i>	
Maestras de vida	85
<i>M.^a Ángeles Sáez Manresa</i>	
AMISTAD, en mayúsculas.....	86
<i>José María Segura Palomares</i>	
Egipto	87
<i>María Carmen Cantó Boyer</i>	
Algunos recuerdos	89
<i>Loli Pastor Beltrá</i>	
Ser hija de un guardia civil es una vida en movimiento	91
<i>Ana María Monteagudo López</i>	
Mi historia	93
<i>Luis Francisco Soria Salar</i>	
Volar.....	95
<i>Carmen Martínez Calpena</i>	
Aquellos maravillosos años	97
<i>Purificación Cola Fernández</i>	
Consideraciones finales	98

Prólogo

Esther Fuentes, vicerrectora adjunta de Extensión Universitaria UMH.

Esther Sitges, directora área SABIEX UMH.

Cuando se empezó a advertir la inminente transformación de las pirámides poblacionales en la dirección de un claro envejecimiento de la sociedad, se fijaron las directrices que debían seguir las políticas sociales de los diferentes países del mundo occidental, conforme a las recomendaciones de las Asambleas Mundiales de Envejecimiento y la Organización Mundial de la Salud, hacia el fomento de iniciativas que promoviesen el envejecimiento activo y saludable.

La Universidad española no fue ajena a esta realidad y, como institución cuya misión es la de contribuir a través de la formación integral de la persona al desarrollo de la sociedad en la que está inmersa, entendió que debía cubrir las necesidades educativas de quienes en su juventud no pudieron satisfacerlas por motivos económicos, culturales o de cualquier otra índole. Con ese objetivo, en el año 1993, la Universidad Pontificia de Salamanca creó la primera Universidad para mayores, siendo en la actualidad más de 60 las universidades que ofrecen este tipo de programas orientados a contribuir al desarrollo formativo y cultural de este colectivo.

La Universidad Miguel Hernández de Elche (UMH), sólo un año después de su creación, en el curso 1998 - 1999 se sumó a esta iniciativa creando el programa para mayores de 55 años denominado “Aulas Universitarias de la Experiencia (AUNEX) de la UMH”; formando parte del vicerrectorado de Cultura, igualdad y diversidad, en la actualidad.

Con un amplio programa educativo en diferentes poblaciones de la provincia de Alicante, nuestra universidad respondió a las demandas y necesidades de las nuevas generaciones de personas mayores potenciando la investigación, la formación y la transferencia del conocimiento a través de la acción social sin excluir a nadie por motivos de edad. La motivación que impulsa a acudir a la Universidad a este alumnado no es la de formarse para obtener un título universitario que le capacite para un mejor futuro profesional, sino la del placer del aprendizaje y la participación activa en todo lo que la Universidad puede ofrecer. Son personas en un momento vital excepcional, sin las pesadas cargas familiares y laborales de otras etapas de la vida adulta, con la sabiduría que da la experiencia aprovechada; y se sienten con las fuerzas, la formación y la capacidad suficiente para liderar iniciativas culturales, formativas y de investigación. Y la universidad, como institución docente, debe responder a ello.

El programa formativo de las AUNEX de la UMH es un ciclo de dos cursos académicos que consta de asignaturas y seminarios impartido por profesorado universitario en su mayoría, aunque participa también profesorado externo a nuestra universidad abarcando así la mayor parte de áreas docentes. En la actualidad, este Programa docente se imparte en siete sedes de la provincia de Alicante: Elche, Orihuela, El Campello, Benidorm, Ibi, Altea y Novelda. La oferta de actividades universitarias se amplía con talleres de radio universitaria, teatro y club de lectura, bajo el paraguas de un área más amplia, creada en

junio de 2015 con el nombre de SABIEX, Programa Integral para Mayores de 55 años en la UMH para la promoción del envejecimiento activo y saludable. La investigación también es otra de las áreas en las que el alumnado participa activamente, con la transferencia de conocimiento como resultado tanto de la docencia como de la investigación.

La publicación que presentamos aquí es una muestra del resultado de esos objetivos: aprendizaje, investigación y traslación del conocimiento desde las AUNEX.

La asignatura “Herramientas para argumentar y convencer(se)”, impartida por la profesora M^a Amparo Calabuig en las sedes de Elche y Novelda durante los cursos 24/25 y 25/26, muestra cómo las historias de vida son un valioso patrimonio cultural que puede ser transmitido a las generaciones futuras. A lo largo del curso se han trabajado diferentes técnicas como las habilidades de la comunicación, la escucha activa, el fomento de la expresión oral y escrita a través de la elaboración de relatos personales y lo más importante, el aprendizaje de la valoración de la trayectoria de vida de cada participante. Todo ello ha contribuido, además, al establecimiento de vínculos afectivos entre los participantes, un factor clave para el bienestar y la mejora de la calidad de vida en esta etapa vital.

Estamos seguras de que este libro lo van a disfrutar tanto como lo han disfrutado nuestros estudiantes.

Introducción: Las palabras compartidas como puente hacia el encuentro, la reflexión y el reconocimiento mutuo. La metodología de relatos de vida adaptada a las Aulas Universitarias de la Experiencia UMH

María Amparo Calabuig Puig, docente en las Aulas Universitarias de la Experiencia de la Universidad Miguel Hernández de Elche. Profesora del Departamento de Ciencias Políticas, Antropología Social y Hacienda Pública de la Universidad de Murcia

La asignatura *Herramientas para argumentar y convencer(se)*, impartida en las sedes de Elche y Novelda de las Aulas Universitarias de la Experiencia de la Universidad Miguel Hernández, nace con una vocación que trasciende el aprendizaje de técnicas comunicativas. A lo largo del curso trabajamos herramientas como el *storytelling*, el *framing*, el análisis y la construcción del discurso, la identificación de falacias, la argumentación, la cortesía conversacional, la comunicación verbal y paraverbal y el desarrollo de la capacidad narrativa.

Sin embargo, el propósito último de estas herramientas no es únicamente mejorar nuestra capacidad para comunicar, persuadir o expresarnos en público. Antes de convencer a los demás, es necesario comprendernos a nosotros mismos. Antes de construir un discurso sólido hacia el exterior, debemos desarrollar claridad interna. En definitiva, aprender a narrarnos para poder compartírnos.

Bajo esta premisa, la asignatura culminó con una experiencia especialmente significativa: una jornada en la que el alumnado de Elche y Novelda, en sus respectivas sedes, compartió experiencias de vida que les permitieron abrir una ventana a sus recuerdos, aprendizajes y emociones. Cada participante tuvo la oportunidad de ofrecer al grupo un fragmento de su trayectoria vital, convirtiendo la palabra en un puente hacia el encuentro, la reflexión y el reconocimiento mutuo.

Lo que comenzó como un ejercicio de comunicación acabó convirtiéndose en una experiencia profundamente humana. A través de las historias emergieron recuerdos de infancia, trayectorias laborales, migraciones, pérdidas, sueños, esfuerzos, afectos y conquistas personales. Relatos aparentemente individuales que, al ser escuchados colectivamente, revelaron una sorprendente red de experiencias compartidas. Poco a poco, las voces individuales fueron tejiendo una memoria común, un espacio de encuentro en el que cada historia encontraba eco en las vivencias de los demás.

Aquella jornada puso de manifiesto algo que las ciencias sociales vienen señalando desde hace décadas: las experiencias de vida particulares no son únicamente relatos personales. Constituyen auténticos documentos culturales que permiten comprender cómo las personas interpretan su experiencia y cómo esta se entrelaza con los procesos históricos y sociales de su tiempo. Cada narración individual contiene una mirada singular sobre el

mundo, pero también forma parte de una memoria colectiva más amplia que nos ayuda a comprender quiénes somos como comunidad.

La intensidad emocional, la riqueza de los relatos compartidos y el sentimiento de conexión que surgieron durante aquella jornada no fueron fruto de la casualidad. Detrás de esta experiencia existe una metodología consolidada en las ciencias sociales y, especialmente, en la antropología social: la metodología de historias de vida. Aunque en este caso se ha adaptado esta herramienta metodológica —que implica aportar una panorámica completa de cada sujeto participante— a la dimensión y naturaleza de las AUNEX UMH, sería más correcto hablar de «relatos de vida» o «experiencias de vida». Esta adaptación metodológica nos ha permitido aproximarnos a la experiencia humana desde la perspectiva de quienes la han vivido, otorgando valor al relato autobiográfico como fuente de conocimiento, reflexión y aprendizaje colectivo.

Las historias de vida constituyen una de las metodologías cualitativas más valiosas para comprender la experiencia humana desde la perspectiva de quienes la han vivido. A través de la narración autobiográfica, las personas reconstruyen acontecimientos, emociones, aprendizajes y significados que permiten interpretar tanto las trayectorias individuales como los contextos sociales e históricos en los que estas se desarrollan.

El presente libro se fundamenta precisamente en esta metodología, adaptada a las circunstancias particulares de la asignatura —su duración y el tamaño del grupo participante—. Los relatos aquí recogidos representan testimonios personales que permiten conocer vivencias relacionadas con la familia, el trabajo, la educación, la salud, las migraciones, las relaciones sociales y los procesos de envejecimiento. Cada historia constituye una mirada singular sobre la realidad, pero al mismo tiempo forma parte de una memoria colectiva que ayuda a comprender la evolución de la sociedad española durante las últimas décadas.

Como señala Anastasia Téllez Infantes (2007), las historias de vida forman parte de las denominadas técnicas biográficas utilizadas por la antropología social y cultural para acceder a la experiencia subjetiva de los individuos y comprender los significados que estos atribuyen a sus acciones y trayectorias vitales. Su relevancia radica precisamente en que permiten aproximarse a la realidad social desde la voz de los propios protagonistas, otorgando valor científico a experiencias que, de otro modo, podrían permanecer invisibilizadas o relegadas al ámbito privado. La historia de vida no solo recoge acontecimientos, sino también interpretaciones, emociones, percepciones y procesos de construcción de sentido.

Según Martínez Guirao (2024), la historia de vida es una técnica biográfica cualitativa que puede considerarse una variante de la entrevista abierta y que consiste en la narración de la propia vida por parte de un informante en relación con aquellos aspectos que resultan relevantes para una investigación. En el caso de los relatos de vida, la extensión de la investigación queda significativamente acotada, aunque igualmente puede aportar hallazgos de gran valor.

Una característica fundamental compartida por estas metodologías biográficas es que la persona narradora conserva un amplio margen de libertad para organizar su relato. Como señala Téllez Infantes (2007), es el propio sujeto quien decide qué acontecimientos

considera relevantes, cómo ordenarlos cronológicamente, qué experiencias destacar y cuáles omitir. Esta libertad narrativa permite acceder a los significados que las personas atribuyen a su propia existencia y favorece la emergencia de dimensiones subjetivas difíciles de captar mediante técnicas más estructuradas.

El informante puede decidir el orden de los acontecimientos, seleccionar los episodios que considera más significativos, determinar el estilo narrativo y otorgar mayor o menor relevancia a determinados momentos de su trayectoria vital. Esta libertad favorece la aparición de significados personales difíciles de captar mediante instrumentos más estructurados.

Martínez Guirao (2024) señala además que las historias de vida resultan especialmente útiles cuando se pretende reconstruir acontecimientos del pasado o desarrollar investigaciones con una perspectiva diacrónica, es decir, interesadas en comprender los cambios y continuidades que se producen a lo largo del tiempo. Esta característica resulta especialmente relevante en una obra como la presente, donde los participantes evocan experiencias que abarcan diferentes momentos históricos y contextos sociales.

Las historias de vida comparten elementos con otras técnicas biográficas, como los relatos de vida —técnica utilizada en el marco de las AUNEX UMH—, las autobiografías, las memorias o las biografías, aunque presentan características específicas derivadas de su finalidad investigadora y de su orientación hacia la comprensión de procesos sociales a través de experiencias individuales.

En este sentido, Peacock (2005) afirma que pensar holísticamente implica captar los contextos y marcos generales dentro de los cuales las personas desarrollan sus comportamientos y experiencias. Así, una narración autobiográfica sobre la infancia, la educación, el trabajo o la familia adquiere una dimensión mucho más amplia cuando se interpreta a la luz de las circunstancias históricas y sociales que rodearon esos acontecimientos.

Como subraya Anastasia Téllez Infantes (2007), uno de los principales valores de las técnicas biográficas reside en su capacidad para recuperar la voz de los sujetos y reconocerlos como productores de conocimiento sobre su propia realidad. Las narraciones autobiográficas permiten acceder a la perspectiva *emic* de los participantes, es decir, a las categorías de pensamiento, interpretaciones y significados construidos desde su propia experiencia cultural.

La importancia de esta perspectiva radica en que permite superar visiones exclusivamente externas o estadísticas de los fenómenos sociales. Las experiencias relatadas por los participantes ofrecen información sobre aquello que consideran importante, sobre los acontecimientos que marcaron sus vidas y sobre los significados que atribuyen a su trayectoria personal.

Desde esta perspectiva, los relatos de vida recogidos en este libro no deben interpretarse únicamente como recuerdos individuales, sino también como expresiones culturales que reflejan formas de pensar, sentir y actuar compartidas por generaciones enteras.

Las historias/relatos de vida permiten además analizar la interacción entre las experiencias individuales y los procesos sociales más amplios. Según Puche Cabezas

(2024), esta metodología contribuye a visibilizar desigualdades relacionadas con la clase social, el género, la edad o la pertenencia étnica, así como las tensiones existentes entre las decisiones individuales y las estructuras sociales que condicionan las trayectorias vitales. Asimismo, muestran la influencia que ejercen los contextos culturales e históricos sobre las experiencias personales. Las oportunidades educativas, las condiciones laborales, las relaciones familiares o los procesos migratorios adquieren significados diferentes según el momento histórico y el entorno social en que se producen.

Esta capacidad para conectar lo individual y lo colectivo convierte a las historias de vida en una herramienta especialmente útil para comprender procesos de cambio social. Los relatos permiten observar cómo determinadas transformaciones históricas son experimentadas por las personas en su vida cotidiana y cómo estas adaptan sus estrategias, expectativas y proyectos a nuevas circunstancias.

Puche Cabezas (2024) destaca además que estas metodologías pueden constituir una forma de democratización del conocimiento, ya que permiten incorporar voces que habitualmente permanecen ausentes de los discursos oficiales. A través de ellas, personas anónimas se convierten en protagonistas de la producción de conocimiento social.

Precisamente aquí radica una de las mayores aportaciones de las Aulas Universitarias de la Experiencia. Más allá de constituir espacios de formación permanente, representan entornos de encuentro intergeneracional, participación social y construcción colectiva de conocimiento. La experiencia desarrollada en esta asignatura ha permitido comprobar cómo las herramientas narrativas y argumentativas pueden convertirse en instrumentos de autoconocimiento, fortalecimiento personal y creación de comunidad.

Conclusiones

Este libro es el resultado de la convergencia entre una experiencia educativa, una metodología antropológica y una apuesta decidida por la preservación de la memoria colectiva. Las historias que aquí se recogen son relatos personales, pero también testimonios de una época; son experiencias individuales, pero también expresiones de procesos sociales compartidos; son recuerdos íntimos, pero también patrimonio cultural.

Cada historia constituye una voz singular. Juntas conforman un mosaico de memorias que nos permite comprender mejor las trayectorias individuales y la sociedad en la que estas se desarrollaron. En este sentido, las historias de vida no son únicamente relatos del pasado. Son también instrumentos para comprender el presente, valorar la experiencia acumulada y fortalecer los vínculos entre generaciones mediante el reconocimiento de una memoria compartida.

La experiencia desarrollada en las Aulas Universitarias de la Experiencia confirma el potencial pedagógico y social de los relatos de vida. Tal como plantea Téllez Infantes (2007), las técnicas biográficas no solo permiten generar conocimiento científico sobre la realidad social, sino que también favorecen procesos de reflexión, reconocimiento y construcción de identidad. Cuando las personas narran su trayectoria vital, organizan su memoria, reinterpretan experiencias y comparten saberes que adquieren valor colectivo. En este sentido, la elaboración de historias de vida constituye simultáneamente una herramienta de investigación, un recurso educativo y una práctica de preservación del patrimonio cultural inmaterial.

Esperamos que estas páginas emocionen, inspiren y acompañen al lector tanto como emocionaron a quienes tuvieron el privilegio de escucharlas por primera vez. Porque toda vida contiene una historia digna de ser contada, y toda historia compartida contribuye a construir una comunidad más consciente de su pasado, más conectada con su presente y más comprometida con la transmisión de su memoria colectiva.

Bibliografía

Harris, M. (1979). *El desarrollo de la teoría antropológica: Historia de las teorías de la cultura*. Siglo XXI Editores.

Jociles Rubio, M. I. (1999). Las técnicas de investigación en antropología: Mirada antropológica y proceso etnográfico. *Gazeta de Antropología*, 15, Artículo 01.

Martínez Guirao, J. E. (2024). *Antropología social: Ámbitos, perspectivas y escuelas*. Editum. Ediciones de la Universidad de Murcia. <https://doi.org/10.6018/editum.3100>

Peacock, J. L. (2005). *La lente antropológica: Luz fuerte, enfoque suave*. Alianza Editorial.

Puche Cabezas, L. (2024). El valor de las historias de vida en la comprensión de las desigualdades sociales. Apuntes metodológicos y didácticos desde la Antropología Social. En S. Escobar Fuentes y M. Montalbán Peregrín (Dirs.), *La práctica de la metodología cualitativa* (pp. 140–153). Dykinson.

Téllez Infantes, A. (2007). *La investigación antropológica*. Editorial Club Universitario.

Elche 2024-2025

Un encuentro entre notas musicales

Alejandro Pidal

El otro día, hablando con mi compañera, de pupitre, le comenté que a mí me cuesta mucho recordar cosas que me hayan sucedido.

Me dijo que seguro que tenía un montón de buenos recuerdos de cosas que me habían sucedido al cabo de tantos años de ejercicio profesional.

En ese momento, me acordé:

Fue una tarde después de un concierto, en la Plaza de Castilla, aquí en Elche, por la Joven Orquesta de la Universidad Miguel Hernández.

Nos habían dicho que esta orquesta iba a tocar en la calle y fuimos a escucharlos.

Era una orquesta formada por personas a partir de los catorce años, aunque la mayoría universitarios de la UMH. El director un hombre relativamente joven.

Tocaron canciones del compositor Ennio Morricone, de las películas *El bueno, el feo y el malo*, *La Misión*, *Cinema Paradiso*, etc., Unas diez o doce canciones.

Daba gusto oír a esa joven orquesta tocar con esa calidad, maravillosamente coordinados por el director, Francisco Serra.

Fue toda una experiencia porque a pesar de ser en la calle, y haberse reunido una gran cantidad de gente, se podía escuchar perfectamente.

Al terminar el concierto, veo que se me acercan una mujer, un muchacho y el propio director.

Al llegar donde estábamos mi mujer y yo, me preguntaron si yo era la persona que ellos pensaban. Entonces, reconocí al director. Era el padre del muchacho que iba con ellos. La última vez que los vi, fue hace unos ocho años, el chico tendría unos cinco. En aquel tiempo, el padre era profesor de viola en el Conservatorio de Villena. Nos saludamos como correspondía a la ocasión, al hacer tanto tiempo que no nos veíamos. En aquella época, yo era el pediatra de su hijo.

Estuvimos hablando de los viejos tiempos y recordando los buenos momentos.

Fue todo un orgullo que se acordaran de mí, que viniera a saludarme el director de la orquesta y nos presentaran a sus padres, los abuelos del chico.

Al poco tiempo, la orquesta volvió a tocar, esta vez en Alicante, en la Casa del Mediterráneo. Por supuesto, volvimos a ir a escucharlos, encontrándonos con algunas compañeras con las que nos pudimos hacer unas fotos con el director.

La redacción de un nuevo comienzo

Ana Isabel Zapata Quiles

Recuerdo que...

Cuando estaba en el colegio odiaba el primer día de clase después de las vacaciones, tanto las de verano como las de Navidad. No era por la vuelta a las clases, sino por la primera tarea que nos mandaban hacer.

Lo recuerdo como si fuera ayer, que siempre era la misma: hacer una redacción de lo que habíamos hecho durante las vacaciones.

Recuerdo este sentimiento de no gustarme hacer redacciones, me cuesta expresarme, por lo que para mí este trabajo ha sido todo un reto.

Debo reconocer que mi primer pensamiento, bueno, y mi segundo también, era no hacerlo, pero después de estar aquí y ver la fuerza que tienen mis compañeros he pensado que sería una falta de respeto no hacerlo.

Por eso ahora quiero crear nuevos recuerdos, en los que disfrute haciendo redacciones a la vuelta de mis vacaciones.

Quiero agradecer esta oportunidad de volver a las clases y poder decir que voy a la Universidad, ya que en su día no lo hice y es algo de lo que siempre me he arrepentido.

Gracias.

Arqueología educativa en Elche en los 60-70

Antonio Verdú

En realidad, el pasado día 20 de noviembre de 2024 no tenía previsto realizar ninguna exposición. Sin embargo, tras escuchar los fascinantes relatos vitales compartidos en clase, ocurrió algo extraordinario. Durante el receso, en las escaleras, se me acercó Paquito, nuestro primer ponente de la tarde, cuya exposición nos conmovió a todos. Lo sorprendente fue que me reconoció después de más de cincuenta años sin vernos, y mientras él me llamaba por mi nombre y apellido, en la conversación, poco a poco fui reconociendo en su rostro actual a aquel joven con el que compartí clase en la Academia Mercantil cuando apenas teníamos doce o trece años.

Revivir esa experiencia fue verdaderamente inimaginable y sorprendente, una de esas coincidencias que parecen destinadas a ocurrir muy pocas veces en toda una vida.

Esa misma tarde, desde mi asiento en clase, oía las risas y el trasiego de los estudiantes por los pasillos de la facultad que me retrotrajeron a aquella época con cierta nostalgia y envidia por el gran esfuerzo y dificultades que nos supuso en aquel entonces el acceso a la formación.

Mi memoria me transporta a mi primer colegio: una escuela unitaria donde convivíamos niños de diferentes edades en una misma clase. Era un edificio con un largo, oscuro y profundo pasillo que, a la hora de la salida, se transformaba en una auténtica estampida. En una de esas ocasiones, literalmente fui arrasado y pisoteado por una manada que me recordaba más a bisontes que a escolares. Era el colegio de los «cagónicos».

Posteriormente, mi trayectoria educativa me llevó al colegio de La Asunción donde viví dos etapas bien diferenciadas. En la primera, nos encontrábamos en un centro con recreos segregados por sexos, y suponía gran expectación y vergüenza si por alguna circunstancia teníamos que traspasar al otro territorio. La curiosidad de los más pequeños, «los babi», nos llevó en más de una ocasión a realizar expediciones bajo los pupitres para ver qué se escondía debajo de la falda de la maestra.

Al año siguiente, la dinámica cambió radicalmente. En ese colegio, la hora del recreo estaba marcada por el reparto de una botellita de leche. Para endulzarla, cada uno traía el azúcar y el ColaCao de casa, envuelto en papel de estraza. Los pupitres eran duros y de madera, con plumas y tinteros fijos, manchados de tinta. La pizarra, encerada, mostraba la consigna diaria escrita con tiza. El libro que usábamos era la Enciclopedia Primero.

Las entradas a clase se realizaban formados en fila y en ocasiones cantábamos el «Cara al Sol». Los jueves por la tarde no había clase, mientras que los sábados por la mañana sí teníamos escuela. Recuerdo una clase donde el maestro, absorto en la lectura del periódico, permanecía ajeno a que todo el grupo se había sumido en una batalla campal de ganchillos de papel.

No sé por qué motivo, a medio curso, me trasladaron a la Academia Azorín en Elche, justo en la edad de preparación para la primera comunión. Era una clase con alumnos de diversas edades, lo que me generaba cierta inquietud.

De lo que sí me acuerdo con claridad era del miedo a los castigos por no mantener silencio u otras indisciplinas: gente arrodillada de cara a la pared, con libros en los brazos abiertos en cruz.

Poco después, volví al colegio La Asunción, esta vez a la clase de Don Manuel. Yo que no era muy espabilado, durante un examen —del que no me enteraba de nada— recibí una bofetada que me hizo sangrar por la nariz, manchando el cuestionario de la prueba.

No estoy seguro si le conté este incidente a mi padre o si mi padre llegó a hablar con la directora, doña Paquita —esposa de Don Manuel—. Sí recuerdo que en esa época se consideró ilegal el cobro de permanencias obligatorias de cinco a seis de la tarde en los colegios públicos, lo que nos permitió regresar todas las tardes antes a casa para merendar.

Por aquel entonces inauguraron el cine Paz, justo enfrente del colegio, con el estreno de la película *Popeye El Marino*.

En algún momento me promocionaron a la clase superior, no sería por el guantazo que me dieron y donde el método de D. Pascual (mi nuevo maestro) consistía en preguntar la lección a todos los alumnos, de pie junto a la pared. Y según la calidad de tus respuestas, avanzabas o retrocedías en la fila hasta llegar al pupitre provisional hasta el siguiente día que se repetía la misma operación. Con este método y el miedo al «San Benito» —vara gruesa que Don Pascual aplicaba en las nalgas o en la mano según su criterio de «justicia pedagógica»—, logré pasar de ser el penúltimo de la clase a uno de los primeros. ¿Será cierto aquello de que «la letra con sangre entra»?

A este maestro le agradezco que me iniciara en el hábito de buscar las primeras palabras en un pequeño diccionario como la palma de la mano. Unas de las primeras fueron: «soliloquio» y «opa» (la acepción habrá cambiado puesto que el significado actual tiene una connotación más moderna y mercantilizada). ¡Qué maravilla! Y, además, casi todas las tardes nos mandaba como deberes buscar una lista de palabras. Me lo ha recordado también el compañero de la clase, amante del DRAE.

Un curso posterior, de vuelta a las academias, esta vez a la Academia Mercantil — donde según el dicho popular “entra un burro y salen mil”—. Aprender Comercio me gustaba, especialmente la mecanografía. El primer libro de comercio (azul claro) lo compré con mis ahorros y me fascinaban los conceptos de letras de cambio, cheques y pagarés.

No me gustaba estar en una clase saturada con niños y niñas de diversos niveles y tampoco estar perdiendo el tiempo en conversiones de monedas y medidas anticuadas: libras esterlinas, peniques, arrobas de diferentes zonas de España, leguas, millas, galones... Un día tras otro...y más cuando ya existía el Sistema Métrico Decimal. Eso sí, los castigos eran menos crueles —sólo copiar textos—.

El cálculo mercantil ocupaba un libro enormemente grueso. Lo completé enterito. Paralelamente estudiaba Teneduría de Libros y Contabilidad, donde escribíamos el libro Diario con letra redondilla, anotando los asientos de Debe y Haber, en el libro Mayor para finalizar con los balances.

En este centro educativo las prácticas más curiosas incluían traerle por las tardes al 'Foca' —el director de la academia— su gin-tonic diario del Bar La Parra. Como actividad más avanzada, íbamos al banco a cobrar o ingresar por ventanilla algún cheque del director.

Al Sr. Pérez, maestro de esta academia, le agradezco que me introdujera al Círculo de Lectores, lo que me permitió descubrir mi fascinación por la lectura. Las obras de Julio Verne —un libro que aún conservo— fue fundamental para disfrute y placer de la lectura, y me abrió la ventana al mundo.

En esa época los empresarios nutrían sus oficinas con estos jóvenes formados en academias. Algunos, como mi compañero Paquito, incluso llegaron a ser empresarios.

A los catorce años, por los contactos de mi padre, empecé a trabajar en un pequeño comercio y oficina. Por la noche, intenté sacarme el Certificado de estudios primarios en un colegio nocturno para alfabetizar (qué gran labor la Escuelas de Formación de Adultos) y me sugirieron que estudiara el Graduado Escolar, del cual nunca había oído hablar.

Me gustaban las enseñanzas de ese colegio, el de las graduadas en el Paseo de los Caídos. Maestros jóvenes y con ganas. Además de estudiar, hacíamos análisis y críticas a los profesores los viernes por la tarde, e intercambiamos revistas como Triunfo y otras similares. Ese curso con 16 años y por primera vez, viajé fuera, durante las vacaciones de Semana Santa tradicional de la península, a la Palma de Mallorca descreída y discotequera.

Aprobé el graduado escolar porque reclamé los resultados del examen, realizado en Alicante. Gracias a esa revisión, me subieron la nota lo justo para aprobar. Y gracias a una mentirijilla me convalidaron la asignatura de francés (la lengua que se impartía entonces) porque dije que yo venía de inglés. Yo nunca había visto un libro en esa lengua. Ahora ya podía estudiar quinto de bachiller en el Instituto de la Asunción, en horario nocturno.

En quinto de bachiller, con la escasa base académica que tenía en algunas materias, lo pasé realmente mal.

Había cambiado de oficina, en una empresa de calzado, precisamente porque en la anterior querían que me quedara hasta más tarde de las ocho. Mi objetivo era poder estudiar, y no estaba dispuesto a renunciar a ello.

Tampoco era fácil. Después de salir de la oficina, a las siete de la tarde, tenía que desplazarme unos 500 metros hasta la parada del bus en la Plaza Uno de Mayo, comiéndome el bocadillo durante el trayecto. Luego, el recorrido continuaba hasta las Jesuitinas y después hasta el Instituto de la Asunción, a pie, un trayecto de dos o tres kilómetros.

Las clases empezaban a las siete y media y acababan a las diez de la noche. Después, recorría otra vez a pie, unos seis kilómetros hasta casa, cenaba y, a veces, tocaba estudiar. Los viernes por la tarde también teníamos clase. En una ocasión el profesor de Formación del Espíritu Nacional, no sé con qué intención, sacó la pistola y la depositó en su mesa.

No era raro que algunas tardes en el silencio del despacho diera alguna cabezadita. Era un periplo diario agotador, pero con la determinación de seguir estudiando.

En Sexto de bachiller, la situación se complicó un poco más. Las matemáticas y la física resultaban muy difíciles para mí. Suspendí algunas materias necesarias para acceder a

COU y, a pesar de las huelgas de profesores en toda España, pude aprobar en la convocatoria de diciembre.

La selectividad la aprobé casi por casualidad. Gracias al examen abierto sobre vitaminas, conseguí aprobar, a pesar de que el profesor de Biología solo se limitaba a leer los temas. Fue una gran alegría para mí: un joven procedente de una familia numerosa (de las de antes) y obrera había logrado el acceso a la universidad.

Intenté ir a la universidad en Barcelona. Sin embargo, no logré encontrar trabajo allí, a pesar de intentarlo con un compañero de mili de Badalona. Nos libramos de 18 meses de servicio militar en alguna fragata gracias a nuestra miopía.

Mis aspiraciones de cambio de vida y ciudad se frustraron. Fue entonces cuando opté por estudiar Economía en la UNED y volver a mi triste oficina de fábrica de calzado.

El esfuerzo disperso entre oposiciones, trabajo, mi falta de base académica, estudios, relaciones y escaso tiempo de ocio hicieron que finalmente abandonara Económicas.

Con mi bagaje formativo aprobé unas oposiciones que me han permitido vivir de mi trabajo aceptablemente bien, y tras 44 años de vida laboral y muchas inquietudes, aquí estoy.

Vive cada momento

Asunción Fuentes Jaén

Hola a todos y a todas,

Me llamo Susi, me gustaría compartir con todos vosotros lo que nos ha tocado vivir a muchos de mi generación, los que nacimos en los años 60, quizás alguien se sienta identificado conmigo.

Soy de Elche, donde en aquella época había mucha industria y, por lo tanto, mucho trabajo. Aunque a mí me hubiera gustado terminar mis estudios universitarios mis padres nos decían tanto a mis hermanas como a mí que teníamos que enseñarnos un oficio, sin darnos opción ni a estudiar ni a ser independientes económicamente puesto que debimos entregarles nuestro salario hasta el día que nos casamos.

Dos décadas después todo había cambiado, cuando tuve a mi única hija, Celia, a diferencia de mis padres, nosotros queríamos que estudiara. Terminó su carrera universitaria y comenzó a trabajar y nunca le exigimos que aportara nada en casa, siempre ha sido independiente económicamente. En ese momento, yo seguía trabajando y conciliando la educación de mi hija. Intenté en alguna ocasión terminar mis estudios, pero evidentemente con todas mis cargas fue imposible.

Cuando mis padres se hicieron mayores, enfermaron y tuvimos que cuidarlos mis hermanas y yo durante siete años. Una vez más, tuve que compaginar sus cuidados con mis obligaciones laborales. Poco después nacieron mis nietos, Sergi y Óscar, mi hija se incorporó al trabajo una vez terminada la baja de maternidad y yo me hice cargo de ellos también desde que tenían cuatro meses.

A finales del año pasado estaba deseando jubilarme, ya sólo me faltaban tres meses y entonces enfermó mi marido. Lo estuvimos cuidando mi hija y yo durante seis meses de hospital en hospital día y noche, después de mucho sufrimiento murió el 8 de junio de este mismo año.

Hoy ya estoy jubilada y después de lo vivido estos meses ahora me toca cuidarme a mí y hacer lo que me gusta.

Como se dijo en la película *El club de los poetas muertos*: «*Carpe Diem*. Hay que aprovechar el momento».

Y para terminar voy a recitar el poema de Robert Herrick:

*“Toma las rosas mientras puedas,
veloz el tiempo vuela,
la misma flor que hoy admiras,
mañana estará muerta”.*

Muchas gracias.

Una breve historia

Carlos Miranda

Mi nombre es Carlos me encuentro en el *Aula de la Experiencia* (AUNEX) de la Universidad Miguel Hernández de Elche. El estar aquí, narrando quién soy, de dónde vengo y dónde estoy. El sencillo transcurrir de mi vida.

Nacer se puede nacer en cualquier parte del mundo. Yo nací en un pequeño pueblo rural, del que mi ser mantiene recuerdos imborrables, de los que mi mente aún desvela en sueños escenas de sus paisajes y juegos en mi infancia. Crecí, jugué y corrí sus callejuelas y sus campos con mis amigos. Aprendí en sus parajes naturales el pastoreo del ganado, cuidando los animales que aportaban una gran ayuda a la economía familiar. Mi padre era un pequeño agricultor. Yo, desde muy niño, ayudé en las tareas en el campo, que no eran pocas: sembrar y recoger las cosechas, la recolección de las aceitunas, la recolección de los cereales, trillar con caballerías en las eras, aventar y recoger el grano, guardar la paja en el pajar que serviría de cama y pienso para las caballerías en invierno... ¡Recuerdo dormir en las eras bajo las estrellas alguna noche con mi padre! Aprendí, con el sudor del trabajo, la procedencia del pan y del aceite, de la multitud de frutos silvestres: las moras de los zarzales, la zarzamora y las de la morera, setas, espárragos etc. Entre todos esos avatares, iba a la escuela. Terminé primaria y preparé el examen de ingreso al instituto, me encaminé hacia el Instituto Laboral de Guadix.

¡Estaba lejos el instituto! Pero con ilusión y mi bici, todos los días iba y venía a mi casa (entonces no había autobús escolar). Eso sí, comía en el instituto. Todavía recuerdo la cestilla de mimbre para llevar la rica comida que mi madre me preparaba. Así, con días de frío, lluvia y alguna nevada en invierno, transcurría el curso en compañía de otros compañeros de pueblos cercanos con quienes me reunía en un punto a mitad del camino, en el pueblo de Purullena, para ir juntos. Lo pasábamos bien. Recuerdo que las primeras semanas la cuesta de las Angosturas teníamos que subirla andando, pero poco a poco lo superamos y escalando culminábamos la cuesta, hasta finales de mayo primeros de junio ¡la primavera! avicinándose el verano, terminaba el curso. Terminada esa etapa dejé de estudiar, con el pesar de mis padres.

Yo me sentía en la obligación, como el mayor de cuatro hermanos, con el deber de ayudar económicamente a la familia. En esas fechas, dieron comienzo la recolección de los cereales; siega, trilla, recogida del grano y las demás tareas del campo, riegos, pastoreo del ganado, etc. Me acuerdo de que ese año se llevó a cabo la repoblación forestal de los montes. Yo pedí ir a plantar pinos. Varios amigos míos y yo íbamos plantado los abetos detrás de los hombres más maduros que hacían los hoyos. Allí gané mis primeros jornales. Llegó el verano del 68, estando en las labores de la trilla, en las tertulias de los descansos, por consejos de mi padre que ya me había dicho: «Carlos, hijo: ya que no has querido seguir estudiando aprende un oficio». Pues bueno, un amigo y yo decidimos que debíamos aprender un oficio y volar, salir del pueblo. La tarde de aquel día de verano fuimos a la Hermandad de labradores, pedimos las instancias, estaba abierto el plazo de matriculación en las escuelas de Formación Profesional Acelerada, las presentamos en el oficio de *ajuste*

mecánico para la Escuela de Jaén, hicimos el examen en septiembre, aprobamos, nos becaron y empezamos el aprendizaje rápido y con precisión. Se trataba de formar a los jóvenes para afianzarse en el trabajo de aquella etapa de la industrialización del país (década de los 60 – 70), atrayendo a las ciudades industriales a los jóvenes del mundo rural. Terminé mi formación y a finales de mayo regresé al pueblo. Un familiar que trabajaba en la hostelería en la Costa Brava habló conmigo y me dijo: «Tengo un trabajo para ti en la recepción de un hotel en Lloret de Mar. En el Hotel Carabela, junto a la playa». Le contesté que sí, que me lo confirmara. Se lo planteé a mis padres y con mil pesetas y mi maletilla salí de mi pueblo. Cogí el tren, el Expreso de Granada, conocido en Elche como *El Granaino*, que me llevó a Barcelona. Me hospedé en una pensión cercana a la estación de Francia y, al día siguiente, cogí el tren de Gerona, que me dejó en la estación de Blanes.

Para ir a Lloret de Mar, había que coger el autobús y así llegué a Lloret donde me esperaba mi primo, que me acompañó al hotel. Me acogieron con buen talante, me presentaron al jefe de recepción, el que iba a ser mi jefe, un holandés de Rotterdam, un políglota del que aprendí mucho. Me contó que él había venido de turismo siendo estudiante, se le terminó el dinero presupuestado para sus vacaciones y buscó trabajo, con el conocimiento de idiomas que tenía y el turismo en auge en la Costa Brava (pionera del turismo en España) pronto encontró trabajo de recepcionista en un hotel. Le gustó tanto España que se quedó. Me acompañaron a unos apartamentos cercanos al hotel donde se hospedaban los empleados, y allí me dieron habitación compartida con un maño de Binéfar, comarca de la Litera, en la Provincia de Huesca. Al día siguiente, comencé mis tareas. Mi trabajo consistía en recibir a los clientes, tomar sus datos y acompañarlos a su habitación. Entonces no había ordenadores, todo era a máquina de escribir o manuscrito: rellenaba unas cartulinas formulario que al día siguiente presentaba en el cuartel de la Guardia Civil, a la vez, pasaba por correos, recogía la correspondencia del hotel y, de camino, en una tienda souvenir que vendía de todo lo atractivo para el turista y también la prensa diaria que recogía para el hotel, algún periódico en particular para el cliente que me lo encargaba. *Daily telegraph*, *Corriere della Sera*, *Le Journale*, *Le Monde*, *el ABC* y *La Vanguardia* eran los que se solían leer. Aprendí a relacionarme con clientes de distintos países. Conocí los pueblos cercanos a Lloret en mis días o ratos libres. Tossa de Mar, Blanes, Calella de la Costa, entre ellos. Un verano que, con 18 años, lo disfruté, gané algún dinerillo para ayudar a mi familia y, cuando cerró el hotel, finalizada la temporada, nos despedimos hasta la próxima.

Emprendo el viaje de regreso a mi pueblo. Contratamos un autobús la mayoría cordobeses y yo, que me quedé en Jaén, visitando a mi queridas Julia y Doroteo, dos personas entrañables para mí. Viví en su casa como si fuese la mía durante el tiempo que estuve en la Escuela de Formación Profesional. Jubilados sin hijos, nos daban el cariño como si fuéramos suyos, nunca los olvidaré. Aquella noche, dormí en su casa, fui su huésped por última vez. Siempre les estaré agradecidos y los tendré en mi memoria.

Al día siguiente, hice el viaje en tren de Jaén a Guadix. Llegué a mi casa enfrentándome de nuevo a las labores del campo. Mi padre preparaba las tierras para las próximas cosechas, estaba haciendo el barbecho, que consistía en arar la tierra y dejarla sin sembrar varios ciclos para recuperar minerales y obtener mejores resultados de las próximas cosechas, el barbecho se alternaba en las parcelas. También se aproximaba la recolección

de las aceitunas, primero las que se vendían para conservas y cómo no, para consumo de la casa. Mi madre las echaba en orzas de barro, con agua y sal, tomillo aceitunero, cáscaras de limón e hinojos, se dejaban unas semanas y después les cambiaba el agua varias veces, se partían y se llenaban de agua nueva y a esperar a que estuvieran buenas para comer. A continuación, la recolección de las maduras, ya negras, para elaborar el aceite en las almazaras.

Pasaron las navidades y comenzó un año nuevo: 1970. Con él, finalizaba la campaña de la recolección de aceitunas y el día 24 de enero se celebraba el día de la patrona: la virgen de la paz. Mi padre ya empezó a animarme para que fuera a Elche a visitar a mis tíos, hacía tiempo que no los veía.

Entró el mes de febrero, fechas indicadas para la tala de los olivos y para algunas siembras, una de ellas, era la de garbanzos, que hacíamos en una parcela de secano bien preparada. Cargué los aperos de labranza en las caballerías yo solito, mi padre tenía que ir a la tala de olivos en otras tierras situadas en un sitio distinto —eran tierras minifundistas, allí todavía no había llegado el tractor para el agricultor pequeño, ni la concentración parcelaria—. Llegué a la parcela, uncí los mulos y comencé a surcar la tierra. Tenía que dar un surco, volver con mi alforja llena de semillas, recorrer el surco echando, golpe a golpe, cada una y volver a surcar para enterrarlas. Así sucesivamente, cantando mis coplillas. Llevaba surcada la mitad de la parcela cuando la reja del arado tropezó con una piedra que rompió la vertedera, la siembra quedó interrumpida, dándola por terminada. Cargué mis aperos en los mulos y volví a casa, era la hora de comer. Comiendo les planteé a mis padres el irme a Elche a visitar a mis tíos. Les pareció bien.

Al día siguiente, emprendí mi viaje. Esperando el autobús, llegó un taxista y me preguntó:

- “niño, a ¿dónde vas?”.
- “A Elche”, le contesté.
- “¿Quieres venirte con nosotros? Esta familia va para Alicante y me queda una plaza, te cobro lo mismo que el autobús”.
- “Pues si me cobra lo mismo, sí”.

Metí mi maletilla en el portaequipajes y se puso en marcha. Hicimos un buen viaje, llegamos a Elche y me dejó en pleno centro, ¡en la Glorieta! Me desearon suerte y yo a ellos buen viaje.

Lo que son las cosas de la vida, personas que conoces por circunstancias y que posiblemente no volverás a ver más. Después de haber hecho esta reflexión, me quedé observando lo que me rodeaba unos minutos. Había un templete de la música en el centro de la plaza. Yo tenía que ir a la calle del Rector o Retor —se le ha dado un nombre u otro en distintos momentos en el barrio del Rabal—. Me dirigí a una señora y le pregunté: “¿por favor, me podría indicar dónde está esta calle?” *I em va respondre en valencià: “si xiquet, ese carrer està en el Rabal. Vine amb mi”*. Me acompañó al carrer del Salvador y me dijo: “*per este carrer, tot dret, arribaràs al carrer del Retor*”.

Llegué a casa de mis tíos, que me recibieron con mucha alegría. Era mediodía, la hora de comer. Mi tía tenía la mesa preparada, tenían que comer, sin prisa, pero sin pausa, pues tenían que volver al trabajo. Mientras comíamos me animaron a buscar trabajo: “Carlos, ¿por qué no buscas trabajo? Aquí hay muchos talleres de fabricación de maquinaria para

el calzado y el oficio que has estudiado está bien remunerado...”. Sacaron los postres, entre ellos, un plato de dátiles, yo sólo lo había comido cuando iban al pueblo en vacaciones, era el obsequio que nos llevaban, y hacía mucho tiempo que no los comía. Entre bromas y chascarrillos, mi tío me dijo: “si comes dátiles te quedas en Elche”. Claro que comí, fueron los dátiles más sabrosos que he comido en todo el tiempo que llevo en Elche.

Tomé buena nota y, al día siguiente, me dispuse a recorrer la ciudad buscando los talleres que se dedicaban a la fabricación de maquinaria. Iba llamando a sus puertas, entonces no existían los polígonos industriales y las fábricas estaban dentro de la ciudad, sobre todo, en el Plà de Sant Josep. Llamé a las puertas de dos talleres en la calle, entonces llamada General Yagüe o Carretera de Crevillente, hoy, Antonio Machado. Cuando llamé al primero, me abrió el maestro de taller: “¿Qué quieres chico?”. Le contesté: “quiero trabajar, soy mecánico ajustador”. Me dijo: “¿Tú has trabajado en esto ya?”. Le contesté: “No. Vengo de la escuela.”. “Bien pues ven el lunes a probar.”. Continué por la misma acera, caminando, y di con otro taller: SALVADOR PUIG JOVER, tenía un cartelito en la puerta: “necesitamos mecánico ajustador”. Toqué, me abrieron la puerta y la misma pregunta: “¿Qué quieres chico?”. “Me llamo Carlos, he visto el cartel de la puerta, vengo de la escuela y quiero empezar, a trabajar”. Me dio una respuesta sin titubeos: “¡Ven mañana a probar!”. Era viernes, entonces se trabajaba hasta el sábado. Despidiéndonos llegó su hermano: “Buenos días, soy Joaquín”. “Yo Carlos” “Perdón que no te he dicho mi nombre, yo soy Salvador”. Le dijo a su hermano el motivo de mi presencia y nos despedimos hasta mañana a las ocho.

Llegué un poco antes, a las 7:45h, y me fui al vestuario con los demás compañeros, allí me asignaron mi taquilla. Me puse mi mono y Salvador me pidió que le acompañara. Se dirigió a una taladradora: “Carlos, vas a empezar taladrando estas piezas. Cuando termine de hacer los taladros, coges los espárragos que corresponden y les haces las roscas”. Me puse mano a la obra.

Tenían por costumbre, cuando terminaban la jornada del sábado a las 13 horas, tomar un aperitivo en el taller. Un compañero me dijo: “¿quieres tomar el aperitivo con nosotros?”, “¡pues claro!” le dije. “Dame 5 pesetas, que es lo que ponemos cada uno, para comprar unas cervezas, patatas, algún mejillón y frutos secos en la tienda de la tía María”. En un banco de trabajo se montaba la mesa, nos tomamos el aperitivo en buena armonía, los jefes también con nosotros. Cuando nos despedíamos, le pregunté a Salvador: “Entonces, ¿vengo el lunes?” “Sí, hombre, el lunes te esperamos”.

Pasó el fin de semana y el lunes continué con la prueba. Seguí con la tarea encomendada el sábado hasta terminarla. Tras dos días, terminé las piezas. Era una tarea laboriosa, tenía que enroscarlas a mano, poner mucho cuidado y pulso para que los machos no se rompieran. A continuación, me pusieron en el cepillo, a cepillar una remesa de mesas para las máquinas de aparar. Estuve el resto de la semana con esa faena, llegó el sábado, me pagaron la semanada y me dijeron: “El lunes tráenos el título de la escuela y el DNI., te vamos a dar de alta”. Me puse más contento que unas castañuelas, aunque no me pagaron mucho, escaso sueldo, pensé... Me dijeron: “de momento no podemos pagarte más”. “No me importa lo que me paguéis ahora, sé que tengo que soltarme en el oficio, coger práctica. No se preocupen, cuando yo crea que debo ganar más lo pediré”. Puse empeño

en superarme. El lunes les llevé la documentación requerida y me dieron de alta, me fui afianzando en el oficio y pasados varios meses, ya me veía suelto, a la altura de mis compañeros veteranos. Llegó el momento de pedir aumento de sueldo. La primera semana de mi petición me lo negaron y me dispuse a buscar en otros talleres, entonces, la única forma de hacer presión en tus reivindicaciones. La siguiente semana, volví a insistir: “no podemos subirte por ahora”. Les di una tregua. A la siguiente, cuando ya tenía confirmación de otros talleres que me pagaban más les planteé: “si no aumentáis el sueldo, prepararme el finiquito”. Tras un tira y afloja en la conversación, me dicen: “¿has buscado en otros talleres?”. Les contesté que sí. “Y ¿qué te pagan más?” Le contesté que 200 ptas. “Carlos, no te vayas, te subimos igual”.

A los dos años, en marzo de 1972, me llamaron a filas, me destinaron a Cartagena, en el Cuartel de Instrucción de marinería hice el periodo de instrucción. Me destinaron 18 meses de servicio militar. En mis permisos, recuerdo que mi jefe tenía calculadas las fechas. Venía a mi casa a pedirme que fuera a trabajar, pues tenían mucha faena montando y reparando máquinas de poner ojetes y remaches. Trabajaba todo el mes de permiso. Del dinero que ganaba, destinaba la mayor parte a mis padres y algo para mis gastos.

Cumplido mi servicio militar, volví a mi trabajo. En el taller me estaban esperando, me pongo a montar máquinas, el trabajo del taller no era aburrido ni monótono, en un taller pequeño como este, pasabas unas veces en el banco ajustando piezas, otras montando máquinas... Compraron una taladradora nueva que era toda una novedad, la Foradia, en la que ya se podían roscar taladros ¡ya no había que hacerlos a mano!, allí se hacían las roscas de las mesas para las máquinas de coser, se rectificaban los ejes de las máquinas de coser. En esta taladradora también hice algunas tareas, en los cepillos y la fresadora.

Pasados unos años, reinicié mis estudios por la noche. Estudiando y trabajando. Estudié BUP en el Instituto de La Asunción. Oposité al Excmo. Ayuntamiento y aprobé. Causé baja en el taller y alta en el Ayuntamiento. Un cambio total en mi vida laboral. Pasé del ramo del metal, como mecánico ajustador oficial de segunda, con 10 años de mi juventud trabajados en la empresa privada, a funcionario, servidor público. Continué estudiando Graduado Social en el seminario dependiente de la Escuela Social de Valencia, que casualmente se impartía en el Instituto de La Asunción. Terminé la carrera y me colegié como no ejerciente. No llegué a ejercer, pero mantuve el contacto con el colegio profesional.

Llegada mi jubilación en el 2015, con 36 años de prestación de mis servicios al Ayuntamiento, llegó una nueva etapa de mi vida. Siempre he tratado de estar activo y me matriculé de inglés y en el coro de la Escuela de Educación Permanente de Adultos Merçè Rodoreda, también en el taller de guitarra que se imparte en los centros sociales... pero llegó la pandemia, que todos sufrimos y que truncó muchas cosas, entre ellas, nuestras actividades. En el confinamiento, terminé el curso de inglés *online*, que agradecí porque mantuve la actividad en casa. Con inglés y guitarra me fue más llevadero el confinamiento.

Pasado el confinamiento, otra vez volvieron las actividades: talleres de pintura, guitarra, yoga, gimnasia, etc. Ahora, me despierto con el deseo de seguir activo y aprendiendo: “En todo momento se puede aprender si estás dispuesto a ello” y por ello, me matriculo en la UMH AUNEX (Aula de la Experiencia).

*Hoy recorro,
con pinceladas seguras,
el transcurrir de mi vida.
Recuerdos,
añoranza,
realidades,
despiertan en mi memoria
la esperanza.
La luz de
un sitio y otro.
El verde del olivo y
la palmera.*

Narrada en buena parte La historia de mi vida quiero agradecer de corazón:

En primer lugar, a las personas que me dieron el ser, mis PADRES.

Al pueblo que me vio nacer y dejó en mí recuerdos de una infancia y adolescencia feliz a pesar de los sacrificios.

Al pueblo que me acogió viviendo mi juventud y madurez, en el que he hecho patria, formando una familia a la que adoro.

¡¡Gracias!! A la Profesora M.^a Amparo Calabuig de la Asignatura de Argumentación, que nos ha enseñado las herramientas de la escucha, atención a la oratoria, para tener una idea de cómo discernir a grandes rasgos de la captación de la atención de las personas a las que nos dirigimos en nuestro y a la interpretación de lo que nos llega del orador cuando somos receptores.

A mis compañeros que con su discurso me animaron a tomar la decisión de participar con el mío.



1. Vista de Beas de Guadix desde el mirador del Fin del Mundo



2 Vista del Molí Real desde el puente del ferrocarril. Elche

Una llamada, una amistad, una historia compartida

Carmen Román Pérez

Un día por casualidad, cayó en mis manos una revista y en ella una entrevista a una persona que me pareció muy interesante.

En aquel momento sentí como una necesidad de conocerla personalmente, pero, aunque nos unía un nexo común (el mundo del Alzheimer, yo tenía a mi madre con Alzheimer y ella a su marido), había un mundo que nos separaba.

Yo era presidenta de la *Asociación de Elche* y ella era la Defensora del Pueblo.

Por motivos personales tuve que viajar a Madrid y quedarme allí unos días, un día cogí el teléfono y llamé a su despacho, como era normal me cogió el teléfono su secretaria.

— “La Sra. Defensora está ocupada, deje su teléfono y cuando pueda la llamará”.

Pasaron los días y me olvidé, pensé que no llamaría.

El día antes de mi vuelta estaba en Atocha sacando los billetes y recibo una llamada...

— “La Sra Margarita Retuerto la puede recibir en su despacho de la calle Alcalá en 20 minutos”.

Sin pensarlo cogí un taxi y me planté en la calle Alcalá.

Os juro que cuando subía en aquel lujoso ascensor acompañada de un portero no menos lujoso, me entró el pánico, pensaba a ver que le digo yo a esta mujer ahora.

Cuando se abrió la puerta de aquel despacho me encontré con la sonrisa más franca y luminosa que había visto en mucho tiempo, conectamos desde el primer momento.

Ella había escrito un libro, hablando de su experiencia sobre la enfermedad de José su marido, enfermo de Alzheimer con 56 años.

Le propuse venir a Elche a presentar su libro y aceptó de inmediato, a partir de ese momento nació entre nosotras una gran amistad.

Después de la presentación de su libro volvió varias veces a Elche, una de ellas invitada por nuestro Ayuntamiento a presenciar *El Misteri*, eso sí, con la única condición de quedarse en mi casa, no ir a hoteles, no le gustaban.

Durante los 5 años que duró nuestra amistad fueron muchas las veces que nos vimos tanto en Madrid como aquí, donde le encantaba venir a pasar unos días en la playa.

Os he contado esta pequeña historia porque creo que muchas veces tenemos que enfrentarnos a las limitaciones que nosotros mismos nos ponemos.

Si yo no hubiese llamado aquel día me habría perdido vivir una bonita y enriquecedora amistad que desgraciadamente solo duró cinco años, porque Margarita Retuerto murió en Madrid en diciembre de 2005.

¡Soy Universitaria!

Concha Urbán Abadía

Recuerdo que mi maestra vio algo en mí que ni yo misma había notado. Doña Mari, que así se llamaba, creía que tenía capacidad para seguir estudiando. Pero por alguna razón esa oportunidad no llegó a mis manos.

En casa éramos cuatro hermanos, tres mujeres y un varón y se tomó la decisión de darle la oportunidad de estudiar solo a él, y así fue, aunque mi maestra pensara que yo también tenía mucho que ofrecer y cuando terminé la enseñanza obligatoria con catorce años comencé a trabajar.

Siempre he tenido una asignatura pendiente, seguir estudiando, y al finalizar mi vida laboral encontré la forma de abrir esa puerta que se había cerrado en mi juventud.

Por ello quiero expresar mi agradecimiento a la sociedad por brindarme la oportunidad de acceder a la Universidad, un sueño al que, debido a varias circunstancias, no pude alcanzar en ese momento. Aunque la vida me diera ese maravilloso regalo años después.

Gracias a las puertas que se han abierto, para quienes como yo han recorrido otros caminos en la vida, podemos hoy continuar formándonos en un entorno enriquecedor.

Este gesto de inclusión que realiza la Universidad para Mayores (Las AUNEX), no solo nos permite adquirir nuevos conocimientos, sino que también nos da la oportunidad de socializarnos con otras personas que tienen los mismos intereses e inquietudes.

Para terminar, me viene a la memoria un proverbio chino. *No temas crecer lentamente, teme solo quedarte quieto.*



3. Concha Urbán Abadía graduándose en las AUNEX UMH

Cosas que aprendí de mi madre

Conchi Espejo

Como todos sabéis (falacia *ad populum*), las madres son una de las personas más importantes de nuestra vida y os voy a contar algunas de las muchas cosas que de la mía aprendí.

Por un lado, aprendí muchas cosas aburridas pero prácticas, de las que nos enseñaron a todas las mujeres de mi generación: coser, cocinar, limpiar y tejer, aunque eso para mí no es aburrido. Ambas llegamos a tener una buena habilidad con las agujas, pero sus prendas llegaron a estar expuestas en los escaparates.

Por otro lado, mi madre me enseñó a tener pasión por la lectura y a querer mucho y sin condiciones a la familia, que siempre decía que era lo más importante...

Intentó enseñarme a ser tan divertida y alegre como ella (aunque eso no lo consiguió, ya que es algo difícilísimo de conseguir); a hacer alguna gamberrada que otra, como tocar todos los timbres de un edificio y seguir andando despacito para que no sospecharan de nosotras (las dos mayorcitas ya); o a hacer trampas en los juegos de mesa y negarlo rotundamente cuando nos descubrían.

Pero también me enseñó a ser respetosa con todos, a ayudar siempre que se pueda a los demás, a perdonar... y algo muy importante: cuando no puedas conseguir alguna cosa, por mucho que te guste, sólo tienes que pasar a otra y decir:

“Que se jodan los del tren, que yo voy andando”

Esta es mi madre, C. Nieto.

Carpe Diem et Amemus

Daniel Moya Fuster

Estimada profe, chavalas, chavales, compañeros de clase, buenas tardes.

Yo no vengo a dar un discurso, vengo, a contaros algo que lleva dándome vueltas por la cabeza ya hace un tiempo.

A veces, cuando íbamos a la presentación de alguno de sus libros, nos confundían como padre e hijo, pero, ni yo era tan joven, ni él tan viejo, aunque por edad pudiera serlo.

Enrique siempre me decía: “Dani, a mí lo que de verdad me gusta, incluso más que escribir estas historias, son las palabras”. Y es que ambos vivíamos enganchados a ese vicio embotellado en rústica y papel biblia que es el diccionario de la RAE.

Enrique nos dejó aquí tirados hace ya unos años; bueno, eso es lo que él se cree porque, aunque no le vemos, todos sabemos que está aquí y que aparecerá en cualquier momento con el humo del cigarrillo cegándole los ojos y esa sonrisa de niño travieso anunciando una travesura.

El caso es que yo sigo enganchado al diccionario de la RAE, quizás más que antes, no como a un libro sino como a un clavo ardiendo. De esta forma hace tres años, a mis cincuenta y ocho me dijeron que eligiera entre prejubilarme o seguir encadenado a esta roca mientras un águila se me come el hígado. Órgano que vuelve a crecerme cada noche para volver a ser comido por la dichosa águila al día siguiente, así hasta los 65. Elegí prejubilarme.

Y entonces ocurrió lo inevitable. Alguien, de cuyo nombre no quiero acordarme, me dijo eso de “pues para tu edad no estás mal”. Que es la forma barata de llamar a alguien viejo.

El edadismo es una forma de prejuicio y debería estar penado por ley. Esta forma de decir las cosas sin pensar ha hecho de este tipo alguien estancado en la categoría profesional más baja de la escala de la administración.

Esta palabra, la de viejo, se me quedó clavada como la espina de un besugo en la garganta. Tremendamente afectado me pregunté, pero ¿Qué significa ser viejo?

Y aquí es donde entra el libro gordo de la RAE, ese gran amigo, el diccionario.

Como era de esperar la palabra “viejo” tiene variadas acepciones. Exactamente un total de 13 de las cuales, por no extenderme, nos quedaremos con la primera y sus sinónimos. Dice la RAE que “viejo” es “Dicho de un ser vivo: De edad avanzada.”

Pero, entonces ¿a qué edad se considera que uno tiene una edad “avanzada”?

Imagino que a vosotros os ocurrirá lo mismo y es que desde hace un tiempo me encuentro con amigos de juventud que antes eran igual de jóvenes que yo y que se han hecho viejos de repente, como que la vejez los ha pillado fuera de casa, sin

afeitar. ¿Tienen ellos una edad avanzada? Pero si la tienen, nosotros también la tendríamos y eso no concuerda con nuestro aspecto físico. Entonces, ¿ellos son viejos y nosotros no, aunque tengamos la misma edad?

Puede ser.

Estas dudas me corroen.

Debe haber un método empírico para decidir esta cuestión. Pero un método serio más allá del número de veces que uno tiene que ir al baño o de la cantidad de veces que uno aparece en la cocina sin tener ni idea de para qué puñetas has ido a la cocina.

Debe haberlo, pero es que yo nunca fui bueno con el empirismo. Deambulo más cómodo sobre vaguedades y sensaciones. Incluso en un tema como este de tanta enjundia.

Cuando uno ve a una persona vieja, sabe positivamente que es vieja. Esto ha sido así siempre.

Sólo hay un caso que rompe esta norma y se produce cuando nosotros mismos nos miramos en el espejo. A pesar de que veamos a una persona vieja sabemos, positivamente, que no lo es, y es que los espejos, todos lo sabemos, nos mienten, nos hacen sentir mal y, además, son hordas sin piedad que se unen contra un enemigo único que somos nosotros. Son sanguinarios y despiadados, sin alma. Monstruos sin alma que no merecen un nombre.

Como el nuevo Prometeo se nos presenta la doctora Mónica de la Fuente, Catedrática de Fisiología de la Universidad Complutense de Madrid, para decirnos que “Todas las emociones, mucho más que lo que comas o la cantidad de actividad física que realices, van a regular nuestra inmunidad y, por tanto, influyen en nuestra salud” lo que es lo mismo que decir que cuanto mayor es nuestra actitud optimista, más predispuestos nos encontraremos para afrontar una vejez saludable.

En resumen, o te tomas la vida con humor o no llegas a la prejubilación. Veréis. Cuando se llega a esta edad en la que uno ya puede hacer resúmenes, balances e inventarios, se da cuenta de que determinadas situaciones le dan y otras le quitan vida, no años, sino vida.

Distintos estudios universitarios han demostrado que la cantidad de años no le hace a uno más o menos viejo. Conozco ancianos de treinta años y niños de ochenta, como lo era Enrique.

Yo he visto nacer. También he visto morir delante de mí. Ambas cosas ocurrieron en un instante y ambas, también, afectaron a mi saldo de vida. Como le hubiera ocurrido a cualquiera. Y es que todos, queridos amigos, nos convertimos en una antología de historias. Unas buenas y otras no tanto. Como en todas las antologías.

Estas situaciones me han llevado, con el tiempo y mucho sufrimiento al epicureísmo de forma que estoy convencido de que no hay que temer a la muerte, porque cuando tú estás no está ella y cuando está ella no estás tú así que sí, queridos amigos, *carpe diem*. Esta es la gran verdad. Dos palabras que resumen, a modo de lema, el manual de la buena vida. dos otras noches por semana

Parafraseando a San Juan diré que “el que no ama, ya está muerto” o lo que es lo mismo, una persona que no ama está emocionalmente apagada o privada de una importante fuente de felicidad y conexión humana. Añadamos esta palabra a nuestro lema.

“*Carpe Diem et amemus*” Ahora sí.

Cuando quiera que todos nosotros lleguemos a ser mayores habrá que seguir pensando como ahora aquí sentados en estos pupitres de clase:

Vive siempre con ganas de sorprenderte, de aprender, vive al día, lo más feliz que puedas, sin molestar a nadie, sin ahorrar desesperadamente y sólo despilfarrando amor.

Decía el sabio Joaquín Sabina: “Hay que ser feliz, aunque sólo sea por joder”, con perdón.

Y con esta frase, que es el resultado de toda una vida de aprendizaje, os agradezco vuestra atención.

Muchas gracias.

sí, queridos amigos, *CARPE DIEM*



4. Enrique Cerdán Tato, autoría Daniel Moya Fuster.

El legado de Paquito: de chico de barrio a arquitecto de sueños, una vida de entrega y superación

Francisco Sánchez García

Hoy quiero compartir con vosotros la historia de un hombre humilde, un trabajador incansable y un soñador que nunca se rindió. Me llamo Francisco Sánchez García, aunque muchos me conocéis como Paquito. Nací un 27 de agosto de 1957 en el barrio del Raval, en Elche, y desde muy pequeño aprendí el valor de la lucha, el esfuerzo y la familia.

Mis primeros recuerdos me llevan al Huerto de Don Julio Orozco, un lugar mágico donde jugaba entre limoneros y naranjos, mientras veía a las carpas chapotear en el estanque. Allí aprendí que incluso en los rincones más modestos puede haber belleza y vida. Don Julio, conocido como el médico del pueblo, no solo cuidaba de los demás, sino que además no cobraba a las personas más vulnerables y sin recursos. El bueno de Don Julio se libró de ser fusilado gracias a la influencia de su suegro Tío Manchón; su historia de superación tras sobrevivir al régimen franquista fue una lección de valentía y perseverancia que marcaría mi infancia.

Con 10 años, mi familia se trasladó frente al barrio *La Rata*, y más tarde a la calle Concepción Arenal. Mi padre, un hombre incansable, trabajaba largas horas en la *Cerámica La Asunción* para darnos un futuro mejor. Recuerdo cómo le esperaba los domingos desde el balcón, deseando que tuviera fuerzas para llevarnos a la playa, aunque llegara exhausto. Era un ejemplo de sacrificio y amor incondicional que siempre he intentado honrar en mi vida. Y no puedo dejar de acordarme de los momentos vividos con mi *abuela Juana*, de cuando estaba en su casa y se escuchaba llegar al Chambilero, ella salía entusiasmada a comprarme un helado, aquello era como dar la vuelta al mundo.

A los 14 años empecé a trabajar como aprendiz en los *talleres Burruezo*, el concesionario Renault de Elche. Fue un período duro, marcado por el *bullying* que hoy llamaríamos *salvaje*, pero que entonces era solo parte de la vida. Sin embargo, aprendí a resistir y a crecer en un entorno adverso, descubriendo en los coches mi verdadera vocación.

El destino me sonrió a los 17 años cuando conocí a *Antoñita*, mi gran amor. Ella no solo fue mi compañera de vida, sino también mi impulso y mi fuerza. Gracias a su apoyo, empecé a creer en mí mismo y a construir algo más grande. Algo similar al mensaje que Teresa Perales quiso transmitir a su madre en el discurso de los *Premios Princesa de Asturias de 2021*. Yo tampoco habría llegado donde estoy hoy, sin el apoyo incondicional de mi mujer, a ella se lo debo todo, mi fuerza, mi voluntad, mi constancia, mi entusiasmo y la ilusión por cumplir nuestros sueños.

Toda esa fuerza me llevó a asumir nuevos retos y a los 22 años comencé a dirigir un servicio oficial Renault en Crevillente, junto a *Zoilo*, un compañero que tuve años antes. Esa experiencia me preparó para, a los 26 años, fundar mi propio negocio: un servicio oficial Seat, Audi y Volkswagen en Albatera.

En 1999 di un paso más allá, inaugurando **Paquito Rent a Car**, una empresa que hoy cuenta con 8 sucursales activas. Pero el verdadero éxito no está en los números, sino en las personas. Durante todos estos años, he luchado por mantener los puestos de trabajo, incluso en tiempos difíciles, porque siempre he creído que el verdadero valor de una empresa radica en su equipo.

La vida, sin embargo, nos enseña que no todo es éxito. En 2023, enfrenté mi mayor pérdida con la partida de *mi Antoñita, la picadora*, como cariñosamente la llamaba., tras una vida entera dedicada a picar millones y millones de pares de zapatos. Pero incluso en su ausencia, su legado sigue vivo en mis hijas, mis nietos y mis yernos, quienes llenan mis días de amor y esperanza.

Hoy, tras 53 años de trabajo ininterrumpido, miro hacia el futuro con ilusión. Estoy en una nueva etapa, de transición, aprendiendo a vivir de otra manera, incluso explorando nuevas facetas en cursos como este de la Universidad Miguel Hernández. dispuesto a crecer como persona y a disfrutar de la vida desde otra perspectiva. Me acompaña también una persona muy especial y por supuesto tengo el apoyo de mis amigos senderistas, quienes han sido un gran pilar en los momentos más difíciles, ayudándome a superar mi complicada situación personal y emocional.

Me considero un hombre humilde, constante y trabajador, alguien que ha aprendido a convertir las adversidades en oportunidades y a ver en cada crisis una lección. Como dijo un sabio: *Cambio todo lo que sé por aquello que desconozco*, porque siempre hay algo nuevo que aprender y desafíos por enfrentar.

Quiero dar las gracias a todos los que habéis estado conmigo en este viaje, a los que creísteis en mí y a los que me inspirasteis a ser mejor. Porque, al final, cada paso dado, cada sueño alcanzado y cada obstáculo superado han construido el hombre que soy hoy.

Muchas gracias por escucharme.



5. Francisco Sánchez García en los Premios AESEC 2013.

Lo hicimos juntos

Francisco Simón Sarmiento

Hace como una semana o diez días que estoy dándole vueltas a qué contar y no se me ocurre nada, pues soy una persona normal y en mi vida pasan cosas como a todo el mundo, sin más importancia ni relevancia.

En una de esas veces que andaba pensando qué contar, se me ocurrió contar algo personal y doloroso al mismo tiempo: el hecho de que mi padre contrajera la enfermedad de Alzheimer.

Esto me cambió la vida de una manera drástica, pues iba viendo el deterioro que sufría mi padre. Cada vez que había que lavarlo, asearlo, darle sus medicinas, alimentarlo o cambiarlo, era evidente que ya no podía valerse por sí mismo. En un corto espacio de tiempo dejó de conocernos, y este hecho es bastante duro de llevar.

Solo el haber contado con la ayuda de mis tres hermanos hizo posible que pudiéramos salir adelante, porque cada vez eran más las horas que había que pasar con él. Dos o tres noches por semana había que dormir con él. Lo de dormir es un decir, pues la mayoría de las noches las pasaba levantándose a cada rato y, al día siguiente, yo tenía que ir a trabajar y, por la tarde, después del trabajo, subir a darle la cena.

Tuvimos que hacer un cuadrante, como en la “mili”, para saber cuándo le tocaba ir a cada uno. Fueron unos nueve años conviviendo con la enfermedad. Mi padre murió en febrero de 2011.

A los dos años de su muerte, mi madre contrajo la misma enfermedad. Esta vez ya estábamos más preparados mis hermanos y yo. Con la enfermedad de mi madre fue igual de doloroso, pero supimos llevarlo mejor; éramos ya unos expertos en Alzheimer.

Lo peor no era el trabajo ni las horas que teníamos que estar con ella, sino ver cómo poco a poco se iba deteriorando. A veces nos confundía con otras personas o preguntaba por mi padre, que llevaba enterrado dos o tres años. Fue una época dura y difícil, en la que no teníamos vacaciones ni fines de semana libres.

Todo esto no podríamos haberlo hecho sin la comprensión de mi mujer y mis cuñados, que nunca pusieron pegas y supieron entender lo que estábamos haciendo.

He conocido a otras familias con enfermos de Alzheimer que han terminado peleadas porque alguno no ha colaborado o se ha echado a un lado, sin importar que fueran sus propios padres. Sus motivos tendrían, o no.

Mi madre falleció el 19 de marzo del año pasado a los 91 años. Si no me fallan las cuentas, fueron nueve años con la enfermedad de mi madre y otros tantos con la enfermedad de mi padre. Han sido dieciséis o diecisiete años que han marcado mi vida y de los que me siento muy orgulloso por todo lo que hicimos juntos mis hermanos y yo.

Gracias por escuchar

Persiguiendo un sueño

Gloria Fernández López

Yo siempre he tenido mucha ilusión por estudiar, pero cuando terminé la E. G. B. no pude. Mis padres tampoco lo veían importante; su mentalidad era así: el hijo de maestro, maestro; el hijo de albañil, albañil.

Pero yo tenía esa ilusión: seguir estudiando. Como sería la cosa que, cuando cursaba octavo, siempre soñaba con suspender para poder repetir curso, cosa que no hice porque me podía más el ego.

Mi vida era muy normal. Me casé, después de un largo noviazgo, como tocaba; tuve dos hijos, como tocaba, y trabajé mucho, mucho, muchísimo porque tocaba y porque la hipoteca apremiaba.

Empecé en el calzado, pero como era una actividad muy inestable aprovechaba los meses sin faena para estudiar y prepararme oposiciones. También fui a la escuela de adultos a sacarme la E. S. O. para poder hacer un ciclo formativo: Técnico en Cuidados Auxiliares de Enfermería.

Lo estaba consiguiendo. Poco a poco estaba aprendiendo cosas que me enriquecían y, en el camino, estaba conociendo personas maravillosas.

No llegué a ejercer de auxiliar porque me llamaron para cubrir una plaza de las oposiciones que me preparé de jardinería. Así que ahora trabajo de jardinera para el Ayuntamiento de Elche y estoy más feliz que una perdiz, porque acabo de ganar mi plaza y pronto firmaré la fijeza.

Pero quiero seguir estudiando y, de momento, estoy aquí, en la Universidad, en el programa SABIEX. Y no descarto hacer el acceso para mayores de 55 años para hacer una carrera. Ese es mi próximo sueño.

Porque ¿qué es la vida sin sueños?

Pincelada de mi adolescencia

Gloria Martí Casanova

Me ratifico en la idea que la vida es un sueño. Un sueño en el cual se mezclan las pesadillas. Y como diría John Lennon «You may say I'm a dreamer, but I'm not the only one». Porque todos somos *dreamers* en esta vida. Hemos tenido un sueño, hemos querido alcanzar un sueño, hemos alcanzado uno de nuestros tantos sueños. Y de eso quiero hablar esta tarde.

Yo tenía una amiga. Digo tenía porque cuando mis padres decidieron mudarse allí bajo, allí por las tierras Australis dejé Buenos pues Dominique y yo de tener contacto con mis compañeras de *Lycée*. Era una época en la que no existían las redes sociales y las mudanzas hacían que se perdieran tantos amigos de juventud. Y el hecho de que la mujer extranjera cogía el apellido del marido, poco me ayudó más tarde cuando intenté recuperarlas.

Buenos, pues Dominique y yo solo teníamos 14 años. Edad en la que empiezan a repicar las campanas. Queríamos vivir en Cayo Hueso en invierno y pasar los veranos en Wyoming. Cada 2 de julio, rememorando el día del año 1961 que Ernest se voló la cabeza con su escopeta de caza a través de la boca, poníamos al Papà de Illinois una vela en ese piso ochocentista del Boulevard de la Liberté de Marseille, ciudad donde estudié. La misma calle donde en su día vivió la novia del entonces Bonaparte, Désirée, que llegó a ser Reina de Suecia.

Después pretendíamos ser Marta Gellhorn, gran mujer, periodista de guerra y amante de Ernest. Queríamos vivir en Fuente Vigía y navegar en un barco llamado Pilar por el Caribe. Tomar un mojito en la bodeguilla de en medio. Soñar y dormir bajo las estrellas con las nieves del Kilimanjaro al fondo o ver la Fiesta en Pamplona.

Ahora para demostrar 60 años más tarde que he aprendido algo de la vida, que he evolucionado tengo que rechazar todo lo que en su día amó, ya no diré Ernest diré Hemingway. Sus safaris, su amor por los toros y sus legendarias borracheras.

Mi primer amor. No tenía, por la edad, un poster de los Beatles tenía el de un señor mayor con barba y pipa. No tenía *tablet*, no tenía internet, ni *Netflix*.

Ahora mi pelo es del color de las nieves del Kilimanjaro. Sus reflejos violetas están entre los colores de un atardecer púrpura, Sobre todo cada día me estoy acercando más a oír doblar las campanas.

Pero recuerdo tanto esas tardes con Dominique, después de las clases del Liceo.



6. Ernest Hemingway y la captura de un gran marlín a bordo del Pilar (Key West, años 30)

La espinita

Juana Sánchez Gómez

Durante mi infancia, estudiar no era fácil para una mujer, y menos aun siendo la mayor de cuatro hermanos. Así me tocó aprender a coser y bordar para tener un buen trabajo.

Con estos conocimientos y otros adquiridos fue transcurriendo mi juventud, la etapa de contraer matrimonio y de criar a dos hijos, a los que animé a estudiar y a superar obstáculos hasta conseguir, primero, ser universitarios (mi gran meta) y, por supuesto, terminar las carreras que ellos eligieron.

Nadie sabe los deseos que siempre tuve por ser como ellos y, mientras lo pensaba, llegué a cumplir 50 años y aquella espina seguía clavada en mi corazón.

Un buen día, me vestí de valor y me matriculé para hacer el acceso a la universidad, y he de decir que no fue fácil ponerme a la altura de los estudiantes con los que tendría que lidiar si pasaba el examen de acceso.

Con mis cincuenta y algunos años, entré en la carrera de Psicología en la UMH.

En aquel momento era Licenciatura. Después de dos cursos y medio, y debido a un entorno familiar adverso por la enfermedad de mi madre (ya no era autosuficiente), dejé la carrera y me pasé a las AUNEX, donde no tenía que estudiar, pero sí seguía unida a la universidad.

Después de un tiempo en AUNEX, decidí que tenía que volver a Psicología porque «mi espinita» seguía clavada.

Cuando retomé la matrícula en Psicología, me encontré con que el «proyecto Bolonia» lo había cambiado todo y la Licenciatura en Psicología pasó a ser Grado en Psicología. En este proceso perdí 14 créditos que no pude convalidar con asignaturas del Grado. Todos los presentes sabéis lo que cuesta conseguir cada crédito de una asignatura.

Pero cada uno de mis contratiempos me decía que tenía que seguir. Ni la infinidad de prácticas de grupo con chicos y chicas de 18 a 23 años, ni las exposiciones en clase ante los compañeros, ni las dificultades que hay que superar para que te acepten en su grupo siendo gente tan joven, nada impidió que me sacara la espina clavada por no haber podido estudiar en su momento.

Todo mereció la pena.

Doy las gracias a profesoras que me dieron clase, como Esther Siches y Beatriz Bonete, entre muchas otras. Y muy especialmente a Alexandra Morales, primero compañera de clase en la Licenciatura y más tarde profesora mía en el Grado.

La era de la tecnología

M.^a Ángeles Casillas Jiménez

Buenas tardes, estimada profesora y queridos compañeros y compañeras. Agradezco de corazón la oportunidad que se me ha brindado de compartir esta pequeña anécdota de mi vida con todos vosotros.

Vivimos en la era de la tecnología y de la inteligencia artificial, inmersos en una necesidad adquirida y una dependencia controlada, o no, según se entienda.

La generación a la que represento se ha ido adaptando a este crecimiento tecnológico a pasos agigantados, incorporando a su día a día una nueva herramienta, a la que valoramos y cada vez necesitamos más.

Nuestra etapa escolar y universitaria ha estado basada en un modelo, que a las generaciones actuales les resulta totalmente desconocido y lejano, que pertenece al siglo pasado y como tal, no lo entienden. Las bibliotecas y las enciclopedias eran nuestra única fuente de información, siendo imprescindible agudizar nuestra creatividad.

Con esas herramientas a nuestro alcance y sin ordenador, internet ni teléfono móvil, transcurrió mi/nuestra adolescencia y juventud. Recordar momentos entrañables y en algunos casos difíciles, que hoy podemos calificar de anécdotas, sorprenderían a los jóvenes del siglo XXI.

Cuando empecé a trabajar, pasaba mis vacaciones en casa de mis padres, en un pueblo de la Sierra de Gredos, en Ávila. Una tarde del mes de noviembre, empezaba a nevar en Navalacruz, mi pueblo, y los tejados de las casas y las calles se iban cubriendo de blanco. Decido marcharme sin esperar a que el temporal fuera a más, ya que el puerto de la Paramera podía ofrecer dificultades para circular con el coche. El recorrido de la carretera hasta el puerto ya estaba cubierto de nieve, y seguía nevando.

El paisaje estaba precioso, con un manto blanco que permitía a los cipreses, los pinos y todos los arbustos mostrar su mejor imagen. Estaba disfrutando de la estampa que me ofrecía la naturaleza, cuando, de repente, el coche se paró y no arrancaba. Estaba sola, en mi *Seat 127*, con la carretera y toda la sierra cubierta de nieve, empezaba a anochecer y ... seguía nevando. Me embargó un profundo miedo y una incertidumbre que provocó en mí un sentimiento de frustración ante la falta de recursos para actuar, y ... ¡trabajaba esa noche en el hospital! eso era lo que más me preocupaba, ¿Cómo iba a avisar al trabajo si no podía moverme de allí? Esa preocupación nublaba en mí el riesgo que realmente corría al estar allí sola, de noche y con temperaturas extremadamente frías.

Lo que más deseaba era que pasara algún coche por la carretera, que estaba desierta. Pero... ocurrió, y antes de haber transcurrido media hora, paró un coche.

Sin pensar en los posibles riesgos para mí, salí del coche.

— ¡Buenas noches! No sabes lo que te agradezco que hayas parado. (Le dije entusiasmada).

La persona que paró era un chico, que, tras preguntarme lo que me había ocurrido, muy amablemente se ofreció a llevarme a Ávila. Y, claro, ¡cómo no lo iba a aceptar! ¿Tenía otra alternativa?

Bien es verdad que después me llamó al hospital, con la excusa de saber cómo se había resuelto el problema del coche y quiso volver a verme, aunque en ningún momento me presionó y aceptó que yo no quisiera salir con él.

¡Su generosidad estará siempre en mi recuerdo!

¡La tecnología me hubiera ayudado!, disponer de un teléfono móvil me hubiera permitido localizar al servicio técnico y resolver mi traslado, pero entonces no conocíamos otra forma de resolver las cosas, sino con la ayuda de unos a otros.

En este tipo de situaciones se ponía de manifiesto la generosidad y la humanidad de las personas y anécdotas como ésta, han permitido conocerse e iniciar relaciones de amistad entre personas desconocidas.



8. Mª Ángeles Casillas Jiménez

Las decisiones que marcan una vida

Manuel Serrano Romero

Hay decisiones que marcan toda una vida y, en mi caso, no fui consciente de lo transcendental que iba a ser. Recuerdo una época en la que me comportaba como un perfecto hedonista, nada me importaba excepto pasármelo bien sin que hubiese un mañana en el que pensar; eso sí, a gastos pagados.

No me gustaba estudiar y tampoco pensaba en trabajar, entre otros motivos porque mis padres querían que fuese a la Universidad para "poder ser alguien el día de mañana"; expresión típica de personas de origen humilde y que, con mucho esfuerzo, consiguen abrirse camino en la vida.

La situación era complicada y todos los días surgía el mismo tema de conversación: "¿qué vas a hacer con tu vida?, no puedes estar así, sin hacer nada" y mis pensamientos iban por otro lado: música, copas, fiesta ... Y llegó ese momento que lo cambia todo. Un día mi padre me comentó algo sobre unas oposiciones que podrían estar bien, me hablaba de una Academia, de horarios, de un temario y recuerdo que no le presté mucha atención. No sé qué se me pasó por la cabeza, creo que fue para que me dejara tranquilo, pero le dije que vale, que las prepararía y que me dejara tranquilo. Desde luego, en ningún momento pensé que me iba a tomar en serio.

Al día siguiente tenía encima de la mesa un montón de folios sobre temas que no tenía ni idea, unos horarios de Academia y hasta los horarios de los trenes. Me quedé de piedra, no sabía que decir, pero decidí tomármelo en serio. Recordándolo ahora, no sé cómo fui capaz de asumir esa responsabilidad y, además, sin ningún tipo de reproche hacia mis padres.

El resultado fue que aprobé la oposición, lo que ha supuesto cuarenta años de una experiencia laboral muy intensa, con momentos muy gratificantes y otros muy desagradables.

Por cierto, el hecho de venir a las clases de la Universidad fue también otra decisión casi sin pensar. Pero eso es otra historia.

Gracias

Escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo

Manuel Vázquez Marco

No soy persona de muchas palabras por ello pienso que me sobrarán 2 minutos.

He crecido en una línea normal, en cuanto a los estudios, trabajo, relaciones personales y de todo ello y al paso de la vida he aprendido más que en los libros.

De pequeño solía ir a la biblioteca que estaba en la antigua estación de autobuses, por el convento de las clarisas y disfrutaba de los libros en formato grande, de las aventuras de Tintín y cuando las piernas de los pantalones se alargaron, al salir del instituto algún día pasaba con los compañeros por los recreativos *Dum Dum* donde jugábamos al fútbol. Se terminan los estudios, y con los pantalones más largos todavía, conseguí un trabajo estable, cosa imposible de imaginar hoy en día, y después formé una familia de la cual tenemos dos hijas, eran tiempos complicados por tener que compaginar mi mujer y yo trabajo y atender a las hijas, pero toda esa época se pasó, la vida continuó sin grandes sorpresas y al final he llegado a una nueva etapa, la famosa jubilación.

Y lo que está destinado tarde o temprano llega en la vida, un día como otro, no hace mucho, una de mis hijas nos dice que está embarazada de una niña y en ese mismo instante y tal como dijo Cordelia la profesora de habilidades, te ponen la etiqueta de abuelo, y estoy esperando que la niña llegue con un pan con jamón bajo el brazo.

Sus padres deciden ponerle el nombre de LUA, variante del nombre gallego y portugués, Luna, que significa “Lo que brilla y reluce”.

La luna es el cuerpo celeste que tiene la capacidad de mover todos nuestros sentimientos y emociones, todos nos hemos puesto lunáticos y se nos ha escapado el tiempo contemplando el astro mientras afloraban pensamientos en nuestro interior.

También todos hemos escuchado el dicho que dice: en la vida hay que hacer tres cosas, escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo.

Pues bien, con los hijos ya he cumplido, tenemos dos hijas, que tejen su futuro junto a sus parejas. Escribir un libro “lo he escrito” si consideramos un relato corto en el concurso navideño de cuentos infantiles Gloria Fuertes en *Radio Elche*, que, en aquellos tiempos locos del pasado, presenté al concurso y que la jubilación hace que olvidara su título.

Por cierto, Gloria Fuertes es escritora de cuentos infantiles muy interesantes como “El camello cojito” y “La pata mete la pata” sí es una buena experiencia con estos ingeniosos títulos, junto a los críos leyéndolos o contándoselos porque “sonreír con los críos cuesta muy poco, pero da mucho a cambio”.

Por fin el plantar un árbol, no lo he hecho, pero para cumplir con esto, tengo un pequeño cuadradito de tierra esperando para cuando nazca Lua cumplir con el último dicho.

Y para terminar os comento, que no podemos tener un mejor mañana si seguimos pensando en el ayer, por eso os puedo decir como reflexión “cuando más se viaje y se lea más ricos seremos”.

Cinco historias, una amistad

María Asunción Boix Alberola

Esta es la historia de cinco protagonistas que se conocieron en el mismo lugar y de diferentes formas.

La más veterana (allá por los años 80) era la que más imponía. Perfeccionista y disciplinaria, se ganó el mote de "La jefa" en la academia donde trabajaba.

Con el paso de los años fue conociendo a todo tipo de alumnas. Hubo una en concreto que la llevaba frita en clase de dibujo porque era poco dada al arte. Lola se llamaba, como aquella canción de Café Quijano.

Lo que nunca imaginaría "La jefa" es que aquella alumna sería al cabo de los años su compañera.

Diana, que también fue alumna, no llegó a darle clase personalmente porque fue trasladada a otro departamento. Al igual que Lola, terminó siendo compañera. Una compañera, por cierto, un tanto escandalosa. La clase de "La jefa" y Diana eran contiguas y más de una vez tuvo que pedirle que, por favor, bajara la voz, porque sus alumnas ya no distinguían entre tintes y cremas faciales.

Ana fue una alumna tímida y responsable, pero con "La jefa" los principios no fueron buenos. Creían mutuamente que la otra le tenía antipatía cuando realmente lo que pasaba es que apenas tenían comunicación. En el momento en el que hablaron se dieron cuenta que tenían más cosas en común de lo que pensaban.

Isa, la más silenciosa en un principio, tuvo que espabilar su tono de voz y actitud, puesto que su compañera directa era Diana.

Con los años, las cinco crearon lazos tan estrechos que hoy en día son como hermanas.

Incluso debido a una anécdota muy graciosa crearon el llamado "Día del mejillón", el cual no se saltan y lo tienen como una institución.

Ellas son ahora "Las Mejillonas".

Llegaron incluso a suavizar a la disciplinaria jefa, la cual ya no sabría qué hacer sin ellas.

¡Las quiero con locura!

Sí, yo. Porque yo, Susi, soy "La jefa".

Un país en (la mochila) nuestra casa

María Sánchez Tercero

Habrà un día en que todos, al levantar la vista, veremos una tierra que ponga libertad.

Estas palabras, tan reconocibles, nos conectan con José Antonio Labordeta, un hombre cuya música y mensaje marcaron a toda una generación, a todo un país. Hoy quiero contar una experiencia especial que mi familia y yo vivimos con él.

Era 1991 y organizamos un recital en el teatro Chapí de Crevillente para recaudar fondos para el pueblo saharauí. En casa Labordeta siempre sonaba, sus canciones eran parte de nuestro día a día. Así que mi marido decidió contactar con él para saber si le gustaría participar. Para nuestra sorpresa, nos dijo que sí, pidiendo únicamente que cubriéramos los gastos del viaje.

Todo marchaba bien hasta que el día del concierto, nos llamó para decir que su vuelo había sido cancelado. Recuerdo cómo rompí a llorar, pensando en toda la ilusión puesta en el evento y en las entradas agotadas. Pero unas horas después, volvió a llamar. Había encontrado una forma de venir y, además, nos pidió quedarse en nuestra casa en lugar de en un hotel.

El concierto fue inolvidable: cantamos juntos, la gente lo disfrutó mucho y todo salió como habíamos soñado. Pero lo más especial fue el día siguiente que compartimos con él en casa. Labordeta se sorprendió al ver que mis hijos conocían muchas de sus canciones de memoria. No era algo preparado, simplemente le escuchaban tanto que sus letras ya eran parte de ellos.

Nos regaló un libro de poemas, pero lo que realmente quedó en mi memoria fue la sencillez de desayunar juntos en nuestra cocina, mientras nos contaba historias de su tierra y de su familia. Con modestia, insistía en que el verdadero poeta de los Labordeta era su hermano Miguel. En esas horas nos hizo sentir como si lo conociéramos de toda la vida.

Antes de marcharse, me confesó que cuando me escuchó llorar por teléfono, decidió que no podía fallarnos. Ese gesto lo decía todo sobre él.

Desde entonces, cada vez que lo veíamos en *Un país en la mochila* o en el Congreso, lo sentíamos como alguien cercano, casi de la familia. Porque, más allá del cantautor o del político, lo que realmente importaba era la persona: un hombre auténtico, generoso y profundamente humano.

Humanidad en momentos de vulnerabilidad

Salvador Cerveró Ferragut

Hoy me dirijo a ustedes con un profundo sentido de orgullo y compromiso en este trabajo final de la asignatura “Argumentación”.

Nací en la década de los años 1950-1960, siendo unos años difíciles para que nuestros padres pudieran darnos unos estudios universitarios.

Soy enfermero, apasionado defensor del cuidado de los enfermos. Mi trayectoria en este noble campo ha sido un viaje de aprendizaje constante, un reto diario, y sobre todo, una oportunidad para marcar la diferencia en la vida de aquellos que más lo necesitan.

Desde el primer día en que me puse la bata de enfermero, entendí que mi papel va más allá de administrar medicamentos y realizar procedimientos; *“SE TRATA DE BRINDAR HUMANIDAD EN MOMENTOS DE VULNERABILIDAD”*.

Cada paciente es una historia única, y cada encuentro es una oportunidad para ofrecer no solo cuidados físicos, sino también apoyo emocional. He aprendido que un simple gesto, una palabra amable o una escucha activa pueden transformar la experiencia de un enfermo en un momento de esperanza.

Sin embargo, nuestro trabajo no se detiene en el día a día del cuidado, la investigación en el ámbito de la enfermería es crucial para mejorar nuestras prácticas y garantizar que brindemos el mejor cuidado posible.

A lo largo de mi carrera, he tenido la oportunidad de involucrarme en proyectos de investigación que han abordado temas vitales como la gestión del dolor, la prevención de infecciones y el manejo de heridas crónicas.

Estas experiencias me han enseñado que, al investigar, no solo estamos ampliando nuestro conocimiento, sino también abriendo puertas a nuevas metodologías que beneficiarán a los pacientes y al sistema de salud en general.

Hoy, más que nunca, la innovación es una parte esencial de nuestra labor. La tecnología avanza a pasos agigantados, y como enfermeros, debemos ser pioneros en la incorporación de herramientas que mejoren la atención al paciente.

En conclusión, ser enfermero no es solo una profesión; es una vocación que implica responsabilidad, dedicación y un vasto compromiso con la mejora continua.

Juntos, construyamos un futuro donde la enfermería sea sinónimo de innovación, investigación y, sobre todo, cuidados al paciente.

Volver a empezar

Toñi Almagro Altet

¡Hola!, buenas tardes a todos, compañeros, compañeras y María Amparo.

Esta tarde estoy aquí para explicaros un poco cómo he llegado hasta aquí y por qué.

Era algo que tenía pendiente desde hace tiempo y que me hacía ilusión, ya que no quería que me lo contaran como hasta ahora me había pasado.

Ahora ya lo estoy comprobando, por mí misma.

Había oído hablar del *Programa SABIEX* por medio de conocidos y sobre todo por clientas mías de la peluquería que ya habían pasado por aquí.

Era de las primeras cosas que quería hacer cuando dejé de trabajar, pero por unas causas u otras, no había podido llegar hasta aquí.

Ahora después de un mal año por causas familiares, en este año mis padres enfermaron y al final se fueron definitivamente.

Ahora ya, desgraciadamente, dispongo del tiempo necesario para estar aquí y en eso estoy.

No sé cómo terminaré ni hasta dónde llegaré, pero de momento sé cómo he empezado: con ganas e ilusión.

Y hasta ahora lo visto y oído, me encanta, espero seguir así y además toda esta movida me está proporcionando una experiencia encantadora y me permite conocer a gente válida y enriquecedora.

Es verdad que también se lo tengo que agradecer a mi marido y mis hijos, al darme el último empujón que me faltaba, para empezar pues no estaba en el mejor momento de mi vida.

Y como dijo un sabio anónimo.

“LA VIDA ES UN REGALO, CÓGELO CON ENTUSIASMO CADA DÍA”

Muchas gracias por vuestra atención.

Más que una anécdota

Vic74

Como ocurrió:

Fue en el ámbito laboral en la década de los años 90.

Prestaba mis servicios en una multinacional y era responsable de un departamento en el que llevaba poco tiempo, o sea un novato.

Me llama por teléfono mi inmediato superior y me dice:

-Vicente la semana que viene tenemos una convención a nivel nacional, y tienes que decir las directrices del dpto. Para el próximo año. Tómate nota, te ha “tocado la china”. Es muy importante que las resaltes porque, entre otras cosas, vienen los máximos responsables de la central y van a tomar nota de todo. Tienes unos veinte minutos.

Le respondo que de acuerdo y le pregunto si en castellano o en inglés porque en inglés lo justito para ir por casa, y me dice que en castellano y para mí mismo pienso: mejor porque creo que esta gente de castellano no tiene mucha idea.

Paso a redactar el discurso y tras varios folios me incliné por uno.

Como la convención se celebraba fuera de la ciudad, durante el viaje iba repasando una y otra vez el discurso con lo cual el gusanillo estaba en el estómago.

Al día siguiente me presento en el hotel y voy a la sala donde se celebraba la convención.

Al entrar me encuentro un panorama de unas sesenta personas, más o menos, de los que no conocía prácticamente a nadie, excepto unos compañeros responsables de departamento, al igual que yo, pero más veteranos, y a mis jefes.

Empieza la convención sobre las 9:00h. Y no tenía que intervenir, según el *planning*, hasta las 13:30h, aproximadamente.

A lo largo de la mañana observaba a medida que la gente intervenía, que las secretarías de los jefes tomaban nota de todo en inglés. Me dije: “pues muy bien que sea lo que Dios quiera”.

Llega el momento de mi intervención, me levanto, cojo los folios y transparencias, me dirijo al atril, me aflojo el nudo de la corbata y me pongo en situación. Levanto la vista, carraspeo, vuelvo a levantar la vista e intento empezar a hablar, y no había forma de empezar. No me salía la voz.

Me digo: “Vicente, si está escrito solo tienes que leerlo”. Tras unos instantes puedo empezar, leo la primera línea y me puse a discursar sin ton ni son, a mi cabeza acudían todo tipo de ideas menos lo que había escrito en el papel, y hablo y hablo hasta que el compañero de *marketing* que estaba cerca de mí me dice “Vicente es la hora de comer” y es cuando me doy cuenta de que había hablado de todo menos de lo que había acordado con el jefe.

Vale, pues termino. Me despido de la gente agradeciéndoles su atención.

Otro compañero me dice entre sonrisas: “macho me he enterado de toda tu vida en la empresa je, je”. Yo continuaba sin saber que había dicho.

Me dirijo hacia el comedor y veo a mi jefe que viene recto hacia mí con una cara de pocos amigos y me dice: “vaya rollo nos has metido, no has dicho nada de lo acordado”. Y le respondo: “lo siento no ha sido mi culpa, se me ha ido “la olla” aquí está todo escrito y explicado en las transparencias”. Se calmó un poco y me puso de penitencia escribirlo todo en inglés y entregarlo ese mismo día.

Moraleja: hace bastante tiempo, pero la palabra, discurso, motivo de esta asignatura siempre me recuerda esta anécdota.

ELCHE 2025/2026

El largo viaje

Jesús Barba Molina

Los que ya tenemos una edad, cuando hablamos de la vida como un viaje, no lo hacemos creando una metáfora, aunque esta frase tan recurrente la podamos encontrar hasta en anuncios de seguro de decesos. Nosotros sabemos, por nuestra experiencia, que esto es un viaje, que este momento que compartimos aquí es una etapa de ese viaje, y también que esperamos que dicho viaje se alargue lo más posible y siga siendo fructífero hasta el último de sus pasos. Me alegra compartir con vosotras y vosotros esta etapa, y sé que sin vuestra presencia no tendría ningún sentido.

Gracias por vuestra compañía, y atención, gracias por estar aquí. Para mí, el insomnio no hace demasiadas noches fue ese pelotón de fusilamiento frente al cual recordé ese día, ese primer viaje en que mi padre me llevó a conocer el mar. Esa fue que yo recuerde mi primera salida de lo que hasta entonces era para mí todo mi universo, Huesa, un pueblo de dos mil y pico habitantes, situado entre Cazorla y Sierra Mágina. De ahí vengo yo, y ahí tomé conciencia por primera vez de este viaje que nos ocupa.

Yo tendría entonces apenas cinco o seis años, y aquel inmenso azul adonde el horizonte perdía sus límites quedó impreso en mi retina, aunque ese recuerdo haya estado relegado en mi memoria durante tantos años. Mi padre, años más tarde, también estaba a mi lado cuando recién cumplidos los catorce crucé la frontera con Francia para trabajar en la vendimia, él con un contrato de trabajo y yo con mi pasaporte de turista. Por aquella frontera que años atrás se tragó a Antonio Machado y a miles de exiliados más, cada final de verano y año tras año cruzaban ríos de trabajadores de todo el territorio español.

Nosotros teníamos entonces a Franco y ellos tenían esos francos que eran más apetecibles que nuestras tristes pesetas. Enseguida descubrí también que no todo el que cruzaba el país vecino lo hacía para llenar la despensa. Al otro lado de la frontera, en uno de los andenes, un cartel que anunciaba una película me mostró a una exuberante Laura Antonielli subida a una escalera mientras un niño que podría ser yo mismo miraba sus piernas.

Descubrí allí un mundo diferente a aquel lado de los Pirineos, a donde muchos cruzaban además de para trabajar entre otras cosas para ver el *Último tango en París* e incluso comprar libros. Descubrí allí que nuestros vecinos tenían por todas partes también carteles políticos como esos que llenaban esas publicaciones clandestinas que mi padre leía a escondidas. Descubrí también que allí los policías sonreían y las parejas de novios se podían besar en parques y esquinas.

Descubrí mirando absorto, igual que aquel niño miraba las piernas de Laura Antonielli, que la suma de todo aquello y más se llamaba democracia. Luego, pasados ya algunos años, bastante, cortado muchos racimos de uva y servida mucha cerveza y recogida mucha aceituna y atendido mucho hormigón, mi viaje me trajo hasta esta ciudad donde llegué acompañado de quien ha dejado sentido a mi vida durante estos casi 40 años y es también la madre de mi hijo y la abuela de mis nietos. Aquí junto a ella tuve el placer de escuchar

a Juan Manuel Serrat desplegar su música y su voz cargada de tantas cosas bellas y buenas esa misma noche que pronunció esa frase que me caló y me acompañó desde entonces: “Uno es de donde comen sus hijos”.

Yo soy ya parte de esta ciudad donde ellos nacieron y engendraron también, donde ellos y sus hijos comen. Yo, nacido en una dictadura, soy al mismo tiempo que un orgulloso y amante ciudadano del Chi, soy, digo, parte de esta democracia.

Soy de esta democracia que aun siendo imperfecta no deja de ser ese carro donde ir subidos todos nosotros. Un carro que seguramente necesite reparaciones pero que puede seguir siendo nuestro vehículo común. Reivindico la permanencia de esta sociedad donde los novios puedan seguir besándose en los parques y los policías sonrían.

Ese carro común donde nuestro hijo y nieto puedan hacer su viaje sin trabas ni miedo. Gracias por estar aquí. Gracias.



7. Jesús Barba Molina

Los hilos refundados

Trinidad Bordonado Marco

Buenas tardes, compañeros y compañeras, que formáis parte de esta maravillosa experiencia en la universidad.

En mi familia hubo hace pocos años un reencuentro muy, muy especial.

En casa siempre había estado presente la fotografía de un hermano de mi madre que desapareció durante la Segunda Guerra Mundial. Nunca se supo nada de él: si había sobrevivido, si había muerto... Pero jamás fue olvidado por su familia. Era un tema recurrente hablar de él en las reuniones familiares. Se especulaba sobre lo que había pasado, incluso se bromeaba que igual se fue a América y era un gran potentado allí.

La historia comienza cuando mis abuelos fueron a Argel al final de los años 20. Estando allí, Silverio Marco, el protagonista de esta historia, se alistó en la Legión Extranjera Francesa. Posteriormente la familia se volvió a España, antes del estallido de la Guerra Civil. Sin embargo, él se quedó en Argel, colonia francesa en aquella época. A pesar de la distancia, continúa el contacto: se escriben cartas y se envía fotografías, postales...

Pasa la Guerra Civil y se inicia la Segunda Guerra Mundial. Entonces lo movilizan para combatir en territorio francés y a partir de ahí desaparece. A pesar de los intentos desesperados de sus padres por buscarlo nunca se supo nada más de él. Pero, volvamos al presente:

Hace unos años, mediante la gran red que es hoy en día internet, decidimos buscar en ella su nombre. Tras una larga búsqueda apareció en una web de recopilación de datos genealógicos recomendada por estudiosos de la Legión Francesa. Su nombre figuraba en una lápida de un cementerio de Poole (Dorset) Inglaterra, pero ¡sorpresa! El año de su muerte era 1995.

A partir de ese momento las redes sociales nos permitieron localizar a personas que tuvieran el apellido Marco en Dorset, Inglaterra. Cómo acabó allí es una larga historia, pero os la resumiré:

Durante la confrontación en la Segunda Guerra Mundial, Silverio Marco desertó del ejército francés de una forma de película, pues no quiso luchar con la Francia que apoyaba a la Alemania nazi. Acabó huyendo a Inglaterra donde fue reclutado en la *Spanish Company Number One* junto con otros españoles, sobre todo republicanos.

Llegó a participar como soldado de Inglaterra en el ejército aliado y en Narvik (Noruega). Y como actualmente sabemos, sobrevivió a los conflictos. Sin embargo, no pudo volver a España por miedo a las represalias políticas.

Poco después conocerá a una chica y se enamorará de ella y formará una familia. A pesar del miedo, hubo intentos por su parte de buscar a su familia años más tarde, pero sin éxito.

El desenlace de esta historia fue también de película. Pues después de tantos años desde su desaparición, sus hijos vinieron a España a conocer a la única hermana de su padre que

quedaba con vida (mi madre). Ellos vinieron con la fotografía de mi abuela (la madre de mi tío) que Silverio Marco siempre había llevado en el bolsillo del uniforme durante su desaparición en la guerra.

Nos contaron su historia y pasamos de creer que estaba muerto en cualquier campo de batalla a saber que había luchado por la libertad y había sido condecorado por ello. El reencuentro fue algo muy, muy especial: una de esas cosas que no te esperas en la vida.

La reflexión final de este gran episodio de mi vida es:

Las guerras causan tanto dolor en las familias y arrebatan tantas vidas que no debemos olvidar que este tipo de historias han sucedido en el pasado, están pasando en el presente y, por desgracia, seguirán pasando en el futuro. Pues quien no conoce su historia está condenado a repetirla.

La luz al final del túnel

Manuel Francisco Canales Soler

Dicen que vivir es correr, pero no siempre sabemos cuándo parar para entender el recorrido.

Esta historia habla de un hombre que amaba las carreras. Cada año participaba en todas las maratones que se organizaban en su ciudad, y durante mucho tiempo logró alcanzar podio en casi el 90% de ellas. Subía tercero, segundo, primero... siempre entre los mejores, siempre con la alegría de quien sabe que corre porque ama hacerlo.

Pasaron los años y un día tomó una decisión: "Esta será mi última carrera". Ya sentía el peso del tiempo, los atletas jóvenes pisaban fuerte y él quería despedirse de ese mundo con honor. Se preparó con disciplina, entrenó con el compromiso de quien quiere cerrar un ciclo sin arrepentimientos y se inscribió en una maratón de 42 kilómetros, convencido de que quizá, una vez más, rozaría el podio.

Le faltaba apenas un kilómetro para llegar a la meta cuando, de repente, su cuerpo cayó. Oscuridad. Silencio. Nada.

Despertó en el hospital y más tarde fue trasladado a su casa. Todavía recordaba aquella negrura inmensa, como si una venda cubriera su mente y sus ojos. Todo era negro, como si la vida se hubiese quedado atrás sin él.

Al día siguiente, tres personas fueron a visitarlo. Le preguntaron cómo se encontraba y él respondió que sentía estar en un pozo profundo, o en un túnel sin salida, donde todo seguía siendo oscuro. Ellas le dijeron que podían acompañarlo para salir de allí, aunque no sabían cuánto tiempo tomaría.

Él no dudó.

— No me importa cuánto tarde —respondió—. Solo quiero volver a ver la luz.

Comenzaron el camino. Durante la recuperación, una de aquellas personas le confesó que lo ayudarían en lo físico, en lo personal y en lo emocional... pero que nunca volvería a correr como antes. Él guardó silencio, digiriendo la pérdida de algo que había sido parte de su identidad.

El final del túnel comenzó a asomar, aunque él quería llegar rápido. Sus guías le pidieron calma, recordándole que la luz no desaparecería. Y cuando por fin salió de esa oscuridad, el hombre levantó la vista hacia el cielo. Con una débil sonrisa, los abrazó y les dio las gracias. Ellos sonrieron y se marcharon.

Al día siguiente volvieron a visitarlo. Esta vez él sonrió con más fuerza, los abrazó y les agradeció de nuevo. Ellos respondieron con otra sonrisa antes de marcharse.

El tercer día regresaron por última vez. El hombre los recibió con una sonrisa amplia, luminosa, y volvió a decirles:

— Gracias por todo.

Uno de ellos le respondió:

— Gracias a ti.

El hombre, sorprendido, preguntó:

— ¿Gracias a mí, por qué?

A lo que ellos contestaron:

— Porque si te hubieras quedado a mitad del túnel, nunca te habiéríamos podido acompañar a encontrar la luz.

Desde aquel día, transformó su manera de vivir. Ya no corría para ganar, ni para llegar primero. Corría hacia la vida, paso a paso, con calma y gratitud.

Se quedó con un lema que lo acompañaría para siempre:

Vive el día a día.

El ayer no va a volver.

El mañana no sabemos si llegará.

Vive hoy y sé feliz.

Porque la luz al final del túnel existe, pero solo la encuentra quien decide caminar hacia ella.



8. Manuel Francisco Canales Soler, 2026

Descubriendo los programas Erasmus. Curso CLIL en Limerick

Reme Caro Martínez

¡Buenas tardes!

Esta experiencia fue el detonante de las siguientes experiencias. Desde nuestro centro educativo se informó sobre este programa y, ¡oh sorpresa!, me lo concedieron. Era el año 2016.

Elegí Irlanda y en concreto la Universidad de Limerick y un programa para la innovación pedagógica impartido por una academia, English Matters, que también nos gestionó el alojamiento en la universidad.

Estaba alojada en el edificio OAK, éramos cinco profesoras con unas zonas comunes y cada una con su habitación y baño. Nuestro grupo estaba formado por dos profesoras alemanas, una francesa, una griega y una española, yo. Parece de chiste. Nos comunicábamos en inglés y creo que fue una experiencia inmersiva estupenda.

Fue durante los primeros 15 días de Julio de 2016 y alternamos las clases teóricas, que fueron muy útiles para aplicarlas en nuestras clases diarias, con las visitas culturales como una noche en un pub en el que había una competencia poética, una visita a Galway (preciosa ciudad) donde visitamos la ciudad, comimos en el *McDonagh's* (cadena de comida irlandesa estupenda), nada que ver con esa otra cadena de *fast food*. Asistimos a una ópera en una de las iglesias. ¡Alucinante!

Visitamos los Acantilados de Moher. Y comprobamos que si es cierto que hay más de 700 tonos de verde.

Hicimos una excursión por el río Shannon.

Como ya he dicho fue todo un descubrimiento y me sirvió para seguir trabajando con este tipo de programas, no solo para profesores, sino también con alumnos.

Espero que esta experiencia haya sido motivadora para realizar este tipo de cursos.

¡¡Qué vicio tengo!!

Carlos del Castillo Casal

Cuando era pequeño ya me decían mis padres “chico, que vicio tienes” y yo no sabía a qué se referían. Se podía haber aplicado en mi caso ese estribillo de la canción de Paco Ibáñez “me lo decía mi abuelito, me lo decía mi papa, me lo dijeron muchas veces.....” Fui creciendo y al entrar en la universidad mis amigos también me repetían la cantinela. Nunca supe a qué tipo de vicio se referían ni mis progenitores ni mis amigos, hasta que me jubilé. Siempre fui un poco lento de entendederas.

Todos recordaremos el tiempo que nos tocó vivir en la pandemia, encerrados en casa, con nula vida social, dedicados a leer, a cocinar, a escuchar música, a aburrirnos con mayúsculas. Qué os voy a contar que no recordéis, fue duro para todos, pero en el caso de los sanitarios fue una situación dura, muy dura.

Llevaba más de media vida ejerciendo la medicina, y precisamente, el año que me jubilaba y con el que soñaba desde hacía unos años, me tocó ver a uno de los primeros pacientes que hubo en España con COVID. Era un muchacho italiano, que acababa de venir de Milán a mi ciudad, a continuar sus estudios. Se quejaba de fiebre y mucho sudor. Esto fue un 25 de febrero, casi 20 días antes de declararse el estado de alarma y encerrarnos en casa. Nosotros ya sabíamos que en Italia había comenzado antes que en España y estábamos en alerta de que cualquier persona que viniese de Italia con síntomas sospechosos debíamos aislarlo y dar aviso a las autoridades.

En esa época, nuestros equipos EPI, es decir, los de protección, brillaban por su ausencia. En ocasiones algunos compañeros se protegían envolviéndose en bolsas de basura. En aquella ocasión, recordé que teníamos unos equipos de protección que nos habían dado hacía unos años, para protegernos de una posible epidemia de virus Ébola. Rápidamente, y como si tuviese un muelle en el culo, salté de la silla, avisé a mi enfermera, y los dos nos protegimos con esos equipos que parecían sacados de una película de ciencia ficción. Todos los compañeros nos hicieron fotos, y fuimos el comentario durante un tiempo en nuestro centro de trabajo.

Pero no, no fue él quien me contagió el COVID. Fue unos días después otro paciente de los míos habituales quien me contagió. A los cuatro días del contacto con esta persona, empecé con fiebre alta, y así estuve, 15 días exactos con 39º de fiebre, encerrado en una habitación de mi casa, sin poder salir de ella para no contagiar a nadie, y comiendo lo que mi mujer me dejaba en la puerta, con el nulo apetito que tenía. Quince días de fiebre muy alta y de dificultad para respirar. Me tenía que tumbar boca abajo en la cama para que mis pulmones se llenasen un poco, solo un poco de aire, con esa sensación de que no llenas los pulmones y que te estás asfixiando. Dos veces tuve que acudir por urgencias del Hospital, y como los compañeros me conocían, sabían que mi mujer también era médico, y no había una sola cama, ni pasillo, ni hueco libre en el Hospital, me tenía que volver a mi casa con mi sensación de asfixia y mi fiebre. Nadie me podía poner oxígeno.

Desde los 14 años he practicado y seguía practicando deportes de riesgo, alpinismo, escalada, espeleología, buceo, etc. y a pesar de haber tenido accidentes en algunas ocasiones y de haber pasado miedo en muchas otras, nunca pensé que me pudiese morir, hasta precisamente hasta que me contagié de COVID.

Por mi cabeza solo pasaba la idea reiterativa de que me moría, y ¡caramba! aún me sentía joven y con muchas cosas por hacer. Me faltaban 8 meses para la jubilación, y me cago en la leche, pensaba que me había pasado 47 años dejándome los ojos estudiando, dedicado a ayudar a la gente, quitando horas al sueño para estudiar a pacientes que no tenían muy claro lo que les sucedía, acudiendo a cursos, formándome, dedicándome entre otras cosas a una parte de la Medicina que se dedica a intentar humanizar esta profesión, la Bioética...y ahora me estaba muriendo, precisamente ahora.

Yo, que había ayudado a mucha gente, ahora no tenía nadie que me pudiese ayudar. Mientras, me llegaban noticias de compañeros que habían muerto de COVID, médicos, enfermeras, profesionales no sanitarios, y daba gracias al cielo, no porque sea creyente, de que continuaba vivo. Esta experiencia me sirvió para darme cuenta de primera mano y no solo como profesional, de lo que sufrieron el resto de las personas que se contagiaron, de sus miedos, de su incertidumbre y su angustia vital.

Como se puede ver y leer, afortunadamente salí de ese episodio de mi vida, y por fin, al finalizar ese año, me jubilé, y fue ahí cuando descubrí cual era mi vicio, ese vicio que desde joven me señalaron mis padres y amigos.

Yo sentía la necesidad de seguir unido de alguna forma a la medicina, y qué mejor que hacerme voluntario de la Cruz Roja y dedicarme a dar charlas sobre enfermedades, primeros auxilios y todas aquellas cosas que me solicitaban.

Mi necesidad era más bien la de ayudar, no ya a los amigos o familiares que te llaman para preguntarte lo que hacer o consultarte síntomas, sino la de ayudar al resto de personas a saber cómo deben cuidarse, como pueden ayudar a otras personas cuando sufren un accidente, o como ayudar a otras personas a sentirse útiles en estos temas.

Y ese era mi vicio, siempre tuve una inclinación especial por ayudar, y siempre que podía lo intentaba, desde niño hasta mayor, de una forma o de otra, pero siempre ayudar en la medida de mis posibilidades.

Quizá las palabras de John Donne, gran poeta inglés del siglo XVI sean el fiel reflejo de lo que quiero expresar y siento:

¿Quién no echa una mirada al sol cuando atardece?

¿Quién quita sus ojos del cometa cuando estalla?

¿Quién no presta oídos a una campana cuando por algún hecho tañe?

¿Quién puede desoír esa campana cuya música lo traslada fuera de este mundo?

Ningún hombre es una isla entera por sí mismo

Cada hombre es una pieza del continente, una parte del todo.

Si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio, o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia.

Ninguna persona es una isla; la muerte de cualquiera me afecta, porque me encuentro unido a toda la humanidad; por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti.



9. Carlos del Castillo Casal durante la pandemia COVID19

A propósito de las emociones

J.L.D.

En nuestro primer día de clase, Cordelia empezó a mencionarnos, sobre las emociones y su diversidad, que la explosión de un petardo nos provocaba una de susto. Nunca había pensado como una emoción.

Al decirnos Amparo que fuéramos pensando en construir un discurso como ejercicio final y que podía ser sobre un hecho acaecido en nuestras vidas, opté por hacer unas frases sobre algo que viví hace muchos años y que nunca se me ocurrió verlo con el prisma que ahora estoy adquiriendo. De cualquier forma, jamás olvidarlo.

No puedo precisar el año exacto, pero podría ser 1969 o 1970, tomando como referencia este último en el que se desarrolló, en Burgos, el Consejo de Guerra contra detenidos de ETA.

Por motivos profesionales –una fusión de empresas– recaí en Tolosa (Guipúzcoa), un día de San Ignacio, patrón del País Vasco, y tras dos meses desplazándome hasta Hernani, una bonita localidad de montaña, considerada en la época como el polvorín de ETA y donde se encontraba mi centro de trabajo, llegó el día en que las dos empresas debían funcionar como una sola y para lo que solamente restaba un trabajo que pensé realizar nocturnamente por no disponer de otro tiempo.

Ya entonces, la banda *Euskadi Ta Askatasuna*, estaba iniciando sus actividades más reprochables y sin llegar a saber las circunstancias y el por qué, se llegó a oír, lo que supusimos un disparo en la calle, siendo sin duda la causa de que se estableciera, por la autoridad pertinente, una fila india en ella, a la que te incorporabas o abandonabas dependiendo de tus necesidades.

Todas las mañanas, sobre las 5-6 de la mañana, un automóvil *Peugeot 206* repartía panfletos-octavillas, con las consignas de la banda, lanzándolas, sueltas, desde sus ventanillas.

Como me esperaba toda la noche de trabajo y el grupo ya estaba bastante activo, secuestros, atracos, bombas, etc. y no quería llamar la atención de nadie, tomé la precaución de que, desde fuera, no se apreciaran luces encendidas ni sombras sobre ellas, así es que con papel rellené las rendijas de la puerta de la habitación de la que no pensaba salir hasta finalizar el trabajo, previsiblemente ya de día.

Sobre las cinco de la madrugada, oí una explosión tremenda que me paralizó al instante, produciéndome tal caudal de emociones y preguntas que era imposible identificarlas y contestarlas conforme te van acorralando la mente. Hoy con la nueva perspectiva adquirida soy capaz de identificarlas y saber que contestando a mis preguntas fui capaz de salir de aquel atolladero que me privó de iniciativa momentáneamente. Cuando reaccionas, piensas una cosa y la contraria a la vez. El no salir y quedarse agazapado, se cruza con un... “¿y si hay un incendio y no huelo a humo por haber tapado las rendijas?”, y al abrir ¿qué voy a encontrar o a quién?

Una vez abierta, compruebas que no hay olores ni resplandores. La oscuridad era total y un fuerte viento recorría la estancia. Las puertas abatibles de entrada, desde la calle, de unos 5 m², estaban hechas añicos desparramados por la explosión que provocó el choque contra ellas de un bloque de considerable tamaño que se encontraba en el zaguán.

Esa madrugada, los panfletos informativos, los habían lanzado fuertemente atados con cuerdas provocándome todo tipo de emociones desconocidas entonces, hoy ya no.

Más tarde, al salir, me incorporé a la fila india y jamás leí nada sobre ella en ningún medio escrito.

Kilómetros en un seiscientos

María del Mar Lozano Lozano

Cada verano al llegar las vacaciones, cinco personas nos apretábamos en un pequeño seiscientos colores beige, que más que un coche, era nuestro barco de sueños cargado de maletas e ilusión.

Nos íbamos a Castellón, a casa del tío Tono.

Tengo que aclarar que mis padres, apenas sabían leer ni escribir, entonces no había GPS, y mi hermano que por aquel entonces tendría unos nueve o diez años era el encargado de guiar el camino con un pequeño mapa desplegado en sus rodillas.

Mi padre nunca tuvo sentido de la orientación, y confiaba plenamente en él. Lo que en ese momento no sabíamos, era que mi hermano tampoco lo tenía.

Viajábamos siempre de madrugada, conscientes de que inevitablemente nos perderíamos. Tatareábamos canciones para no despistar a mi padre mientras conducía por las oscuras carreteras nacionales.

El trayecto estaba lleno de curvas, y muchas veces dábamos vueltas y vueltas mientras las luces de los faros iluminaban una y otra vez los mismos carteles repetidos, otras no teníamos más remedio que parar en algún bar de carretera para preguntar, solo para volver a perdernos unos kilómetros más adelante, y así entre risas contenidas y silencios nerviosos, cada despiste se convertía en parte de la aventura.

De repente mi hermano gritaba: “Allí, allí” pone Valencia, por allí es, y hoy aun creo que era lo único que tenía claro: que después de Valencia venia Castellón.

Así era como después de un sinfín de kilómetros y vueltas, con las primeras luces de la mañana por fin, llegábamos a casa del tío Tono.

Una vez allí los días se llenaban de juegos interminables bajo el sol, en un patio lleno de macetas con olor a albahaca, inventábamos juegos con cualquier cosa que teníamos a mano, un pequeño palo era un avión, una cuerda las riendas de un caballo, un trozo de tela nuestra capa de superhéroe.

Recuerdo los días de playa: el mar era un espejo que devolvía sonrisas con solo tocarnos los pies, y la arena una alfombra donde éramos arquitectos de castillos imposibles, mi madre nos ponía tanta crema en el cuerpo, que parecíamos muñecos de nieve deritiéndonos bajo el sol.

Y así entre juegos y juegos cada día se nos quedaba corto para tanta energía y risas.

Cuando llegaba la noche, cansados pero felices nos íbamos a la cama contándonos historias hasta que el sueño nos vencía uno a uno. Sin darnos cuenta las vacaciones pasaban, y al llegar la hora de la despedida ya estábamos deseando que llegara otro verano más.

Todo quedaba grabado en nuestra memoria como una tradición familiar llena de magia.

Aún hoy cierro los ojos y veo a esos niños que fuimos en ese seiscientos recorriendo kilómetros, y esa sensación de libertad que nos traían las vacaciones de verano.

Porque al final, las personas se van, los pueblos cambian, los coches se hacen viejos, los niños crecen y las vacaciones pasan...

Pero lo que nunca se olvida es la magia de los recuerdos compartidos, esos que te acompañan toda la vida y te recuerdan quiénes somos y de dónde venimos.

Y como cantó Rozalén en *Vivir*:

“Vivir es poder recordar, lo que algún día te hizo soñar”.



10. Adolfo Lozano y María del Mar Lozano



11. Recuerdos de la familia Lozano

Baby Boomers. Mi generación

Francisca Pastor Sánchez

Buenas tardes a todos,

compañeros de clase, profesores y lectores de este breve discurso, en Aulas Universitarias de la Experiencia UMH 25/26.

Es un honor y agradezco de corazón, la oportunidad de expresar ante ustedes, en este humilde homenaje, cargado de emotividad a las personas de mi generación, que llenan esta y otras aulas a lo largo y ancho de España, estudiando muchas áreas: idiomas, informática, fotografía, hasta encaje de bolillos, como me encontré este sábado a un grupo de 60 veteranas, que iban con sus utensilios. Somos conscientes de que hay mucho que aprender todavía y de que no lo sabemos todo.

Ojos curiosos a las explicaciones de los profesores y profesoras, que, con dedicación, esfuerzo y cariño, comparten con nosotros, sus conocimientos, con esas miradas de niños que no deberíamos perder nunca, atendemos en silencio, expectantes.

He pisado muchas aulas durante toda mi vida y continuaré haciéndolo hasta que la vejez me lo impida.

Somos afortunados de vivir en el Primer Mundo y poder aprovechar, todas sus posibilidades.

Nací en 1960. En una España, que empezaba a ver brotes verdes, con escasez de casi de todo; solo algunos privilegiados disponían de posibles.

A los 12 años, los fines de semana ya empecé a trabajar en una peluquería, como aprendiz; viernes a la salida de la escuela y sábados, 14 horas sin remuneración. Desde los 10 años, en el taller de mi padre. En vacaciones, bobinaba motores, pasaba las entradas y salidas a los libros de cuentas A y B, la cual escondía en un lugar seguro, por si acaso, pasaba una inspección de trabajo. Lo habitual. En estos tiempos lo más perseguido, sería trabajar a tan tierna infancia, lo de defraudar a Hacienda, es lo no normal y cuanto más mejor.

A los 14 años, nada más terminar la E.G.B, ese mismo verano, mis padres me metieron a trabajar en una fábrica, nadie me preguntó si quería estudiar, cosa que hice por las noches, en una academia, luego hice B.U.P, también nocturno (hasta las 11 de la noche), porque trabajaba por el día, me hice sanitaria y entré a la Facultad de Medicina, gracias al PAU, de esta bendita Universidad. Me dieron una beca y ese curso, fue el único año que no trabajé.

Desde ahí, con mis 65 años, podría escribir un Libro, pero no les voy a torturar con eso.

Este es solo un ejemplo, de miles de vidas, mejores o peores que vivimos en la infancia, adolescencia y juventud, hasta la jubilación, la gran mayoría de mis compañeros de clase aquí presentes.

Otros tuvieron que emigrar, ir a la mili, casarse, tener hijos, nietos etc.

Mochilas llenas, las nuestras, de experiencias de Vida maravillosas y palos en las ruedas por el camino también, pero que aquí seguimos, espero que, por muchos años, dando ejemplo: de valores, esfuerzo, crecimiento personal. Una Generación de hombres y mujeres irrepetible. Irrepetible, porque en estos nuevos tiempos, no veo el respeto a los mayores, a los profesores; no veo el civismo, la educación: un “buenos días”, un gracias.

Sigamos luchando y transmitiendo a nuestros hijos y nietos, los valores reales que no son: el consumismo, el sedentarismo, el individualismo, la envidia, la avaricia, el tener más que el vecino, el coche y la televisión más grande, el último *iPhone*.

No nos dejemos manipular por la política, el fútbol, la telebasura, las noticias catastrofistas.

Ganémosle la guerra al sofá y sigamos construyendo una sociedad mejor, más solidaria, más humana. Podemos hacerlo y lo seguiremos haciendo hasta el final.

Que conste que me aplico el cuento. No estamos solos, somos muchos y buenos.

¡Adelante! Nos queda mucha labor todavía por hacer.

Muchas gracias por la atención prestada, que nos sigamos viendo y " Que la Fuerza nos acompañe"

A propósito de la pedagogía

Tania Pentcheva Boneva

En ningún momento en mi vida sentí la necesidad de escribir algo. Estoy segura de que no es lo mío. Por eso, cuando la profesora de “Argumentos” anunció que para la última clase tendríamos la posibilidad de escribir y leer un breve texto, *storytelling* según la terminología adoptada por la asignatura, pensé: “De ninguna manera seré yo la que se levante” Tan segura estaba de mi negación que olvidé por completo la tarea.

Hasta que un día, repasando los apuntes de la semana anterior, se me ocurrió: “¿Y si intento, solo para mí, como un juego, contar una historia?, ¿cuál podría ser el tema?”. De repente, sin tener que buscar en mi memoria y sin el más mínimo esfuerzo, delante de mí se desplegó como una película y con todo detalle lo que, creo, es lo más bonito, lo más importante, lo que cambió y marcó mi vida entera. La historia estaba en mi cabeza tan presente, tan viva, que sentí la necesidad de compartirla. Pero seguía convencida que hablar en público “no es lo mío”.

Última clase de la asignatura. María Amparo despliega un pequeño atril diciendo: “es enclenque, pero sirve para que pongáis vuestros apuntes. ¿Quién va a romper el hielo? ¿Quién se atreve?”. La clase está animada, como siempre, primero uno, después otro...yo estoy como hipnotizada mirando el atril. Detrás de uno, igual de enclenque, me he pasado la vida, aunque no con discursos, sino tocando obras de música y dando clases de violín.

Estoy segura, la aparición de este objeto tan familiar acabó desarmando por completo mi inseguridad y me hizo lanzarme a la aventura

La mía es una historia de amor. El amor estaba presente aquel día, cuando en el pequeño grupo de niños de preescolar una profesora sacó su violín para acompañar las canciones infantiles. El amor estaba en el momento cuando, muy enferma, mi abuela materna sacó un dinero y les dijo a mis padres “Comprarle a la niña un violín, parece que le gusta la música”. Estaba también en las cariñosas palabras de mis primeras profesoras.

Parece que se me daba bastante bien y fui admitida unos años más tarde en el Conservatorio Superior Nacional de Bulgaria. Además, me pusieron en la clase del más prestigioso profesor, cuyos alumnos a menudo ganaban concursos. Mi familia estaba muy orgullosa de mí e hizo lo imposible para pagar mis estudios y mi estancia en la capital.

Y fue entonces cuando las cosas se complicaron. Por un lado, yo, niña de la provincia, insegura, temiendo no poseer suficiente talento; por otro lado, las grandes expectativas del exigente profesor. Por tercer lado, la prisa, típica para la juventud de entonces, por vivir (pues me casé y tuve a mi hijo estando en el primer curso de superior). Era obvio que no dedicaba suficiente tiempo a los estudios. Mi autoestima, ya de por sí baja, estaba por los suelos. Cada clase consistía en reproches y broncas. Me sentía fatal. Sufría por no dar lo suficiente tiempo y atención al violín, por decepcionar al profesor al que respetaba muchísimo, a mis padres y a mí misma. Llegué a plantearme, a pesar de que me seguía gustando tocar, el abandonar la carrera y dedicarme a la familia y a mi hijo.

En este momento tan angustioso el destino me hizo un gran regalo: el profesor se jubiló y en su lugar vino Josif Radionov, joven violinista que, aunque ya tenía fama de buen músico, no tenía mucha experiencia como profesor.

En la primera clase me dispuse a explicarle mi difícil situación y mi decisión de dejar o aplazar los estudios. Cuál fue mi sorpresa cuando, apenas escuchando mis argumentos, el joven profesor sacó de su carpeta una partitura y dijo: “¿Qué te parece si probamos este dúo? Lo acabo de sacar de la biblioteca”. Unos compases eran suficientes para devolverme la confianza en mí, para que desapareciera la idea de abandonar el violín. Todo lo que quería era seguir estudiando, descubriendo las maravillas sonoras de autores y obras que desconocía hasta entonces.

Josif era y siempre ha sido de estas personas que tienen ojos solo para lo bello. Si en un montón de escombros había una sola florecita, ella era la que atraía su atención y le hacía observar “¡Mira qué preciosidad!”. Su positividad era incansable e incondicional.

Las indicaciones de mi profesor eran del tipo:

- “¡Qué bonita esta melodía!;
- ¡Fíjate en esta armonía!
- Y si probamos un tiempo más lento, ¿No ganaría la pieza más dramatismo?
- ¡Relaja el brazo, permítele que vuele!
- ¡Este pasaje necesita un ajuste, la semana que viene saldrá mucho mejor!

Nunca me hizo sentir incómoda por no haberlo hecho bien. Las clases se convertían en un laboratorio donde se experimentaba, se buscaba y se disfrutaba. Desapareció la idea de lo difícil, a todo obstáculo técnico o musical le correspondía una o a veces varias soluciones. Yo estaba deseando que llegara la siguiente clase y preparaba con todo mi empeño las obras. Aunque me seguía faltando tiempo, empecé a sentir un gran cambio en mi forma de tocar y sobre todo en mi estado anímico.

Ocurría a veces que alguna semana no podía ir a clase, no tenía con quien dejar a mi hijo. De repente, por la ventana de la habitación de la residencia de estudiantes, le veía, alto, un poco encorvado, con paso lento (parecía nunca tener prisa), abrazando el violín que en sus manos parecía juguete. ¡Josif venía a la residencia para que yo no perdiera la clase! Y ahí, en la cocina comunitaria, sin que nos importen los olores a lentejas, habichuelas, patatas, ensayábamos nuestros dúos.

Algunos domingos iba yo a su casa. En la pequeña salita cuyas paredes eran estantes llenos de partituras y al lado del gran piano de cola apenas cabían los dos atriles, el tiempo volaba. De vez en cuando por la puerta corrediza de la habitación contigua asomaba la cabeza blanca del padre de Josif (en sus tiempos jóvenes había sido buen violinista) para decir con su voz suave y algo melancólica “¡Que bien suena esto! ¡Cuánta música por interpretar! ¡Necesitaréis tres vidas tocando día y noche!”

Las semanas y los meses pasaban, se aproximaba el examen de segundo curso. Le recordé al profesor que en el programa entran un concierto, dos estudios, una pieza y dos movimientos de Bach. Su respuesta fue “¡Lo sé!, pero todo esto puedes prepararlo tú sola!”

¡Cómo no iba a poder! ¡Si recibía este voto de confianza yo tenía que cumplir! Empecé a estudiar hasta por la noche, usando una gran sordina de goma (artilugio que se pone sobre el puente del violín para bajar considerablemente el volumen del sonido). ¡Tenía que demostrarle a mi profesor, pero sobre todo a mí misma, que era capaz de hacerlo!

¡Y lo logré! Acabé el curso con muy buena nota. ¡El siguiente, con mejor nota aún! Se había producido el milagro que transformó toda mi vida y mi ser. Yo llamo a este milagro PEDAGOGÍA.

Me encontraba ya en el último curso y tenía que elegir un enfoque (solista, orquesta, música de cámara o pedagogía). ¡No dudé ni un instante! Es que, además del amor por la música, Josif me había transmitido el “virus” pedagógico. Estaba loca por tener mis propios alumnos para ayudarles a descubrir el maravilloso mundo de la música.

¡Y es a lo que me he dedicado durante cuarenta años! ¡Me parece irreal! Mi trabajo nunca fue para mí un “trabajo”. Fue y sigue siendo la alegría de descubrir y de disfrutar tanto de la música como del contacto humano, un constante aprendizaje en la gran ESCUELA que es la VIDA.

Creo que la decisión de matricularme en el programa de AUNEX también fue fruto de la curiosidad y del deseo de seguir aprendiendo. Y hoy, con gran asombro, me veo delante del atril “enclenque”, sin apuntes ni preparación verdadera, pero deseando compartir esta historia de amor. A pesar de que escribir y hablar “no es lo mío”, me doy cuenta de que de nuevo ¡cómo no!, la PEDAGOGÍA, en la figura de una profesora, ¡ha movido las fichas para que yo tuviera una nueva y emocionante experiencia!

A propósito de la pedagogía, estoy convencida de que no consiste en un cúmulo de reglas, ¡no es un sistema, un método, una estrategia! ¡La verdadera PEDAGOGÍA son los seres humanos que la practican por vocación! ¡Estos pedagogos son magos que enriquecen, dirigen y transforman vidas humanas! Y su auténtico DON es el AMOR, amor por la belleza, por la bondad, por la creatividad, ¡por la humanidad!



12. Tania Boneva y Yosif Radionov, alumna y profesor de solistas con la Orquesta Ciudad de Elche en el Gran Teatro de Elche. Octubre 2003

Mi experiencia

María Etrella Portellano García

Vivía en un pueblo de Granada, Atarfe, y tenía aproximadamente once años.

El colegio constaba de unos barracones, pues el edificio original había quedado destruido por un terremoto. Las clases consistían, por la mañana, en aprender las cuatro reglas, religión y la historia de los Reyes Católicos. Por la tarde rezábamos el rosario y hacíamos vainica. Estoy hablando de los años 1958-1962, es decir, del franquismo puro y duro.

Las clases se impartían con mucho frío y los alumnos estábamos separados por género: las chicas con las chicas y los chicos con los chicos. Entonces nos atemorizaban mucho con la idea del pecado mortal: todo era pecado, incluso mirarse al espejo desnuda.

El día del Domund nos daban una hucha para recoger dinero para los niños de África. A mí me daba mucha lástima ver a aquellos niños sin ropa y sufriendo hambre.

Una tarde, después de haber recogido la ayuda, había llovido y todo estaba lleno de barro. En una cuesta abajo resbalé y caí; las monedas que llevaba se esparcieron y se perdieron. Me asusté mucho porque esperaba un castigo de Dios por haberlo hecho mal, por no haber cumplido y por no llegar esa ayuda a aquellos niños. Como ese castigo nunca llegaba, empecé a desconfiar y fui perdiendo la fe.

Cuando llegué a la pubertad me sentí más libre, me gustaban los *Beatles* y me liberé del corsé de la Iglesia.

Tanto antes como ahora, con o sin ayuda, esos niños siguen sufriendo la falta de ropa, de escolarización, el hambre y las enfermedades.

El problema de los países del llamado tercer mundo no se soluciona con limosnas o ayudas puntuales que no dejan de ser simples remiendos. Es una cuestión de políticas de Estado valientes y comprometidas, orientadas a ayudar y formar a la juventud. Sin embargo, históricamente muchas potencias occidentales, y más recientemente países como Rusia, Japón y China, han acudido en numerosas ocasiones buscando principalmente explotar sus riquezas.

Esa es la deducción que saco de mi experiencia.

Mi opinión sobre el conflicto entre Estados Unidos y Venezuela

Romelia Parra de Aphan

Quiero compartir con ustedes mi opinión personal sobre el conflicto entre Estados Unidos y Venezuela, un tema que me toca muy de cerca porque nací en Venezuela, allí nacieron mis hijos y todavía tengo familia viviendo en el país. Por eso me duele ver cómo, desde afuera, se transmite una imagen exagerada, negativa o completamente distorsionada de lo que realmente sucede. Muchas veces la gente habla sin conocer el día a día del ciudadano común, que en la mayoría de los casos sigue viviendo, trabajando y haciendo lo posible por salir adelante.

Venezuela es un país soberano, libre y con enormes riquezas naturales: petróleo, oro, diamantes, bauxita, uranio y muchos otros recursos que siempre han despertado interés internacional. A lo largo de los años, Estados Unidos ha tenido una relación complicada con Venezuela, marcada por tensiones políticas y económicas. Es evidente que cuando un país posee recursos estratégicos, otros gobiernos pueden intentar influir, intervenir o justificar acciones que respondan a sus propios intereses.

Venezuela no es un cartel de droga ni un país dedicado al narcotráfico. Existen acusaciones contra personas en particular, pero eso no representa a toda una nación. La mayoría de los venezolanos son trabajadores, profesionales, estudiantes, gente honesta que quiere vivir en paz. Sin embargo, algunos gobiernos extranjeros utilizan etiquetas como "narcotráfico" o "crisis extrema" para justificar sanciones, presiones o incluso insinuaciones de intervención. Esto no solo afecta la imagen del país, sino que también genera miedo en quienes vivimos lejos y tenemos familia allá.

En mi opinión, Estados Unidos suele buscar conflictos o motivos para intervenir en países que tienen recursos que le resultan beneficiosos. Cuando un país posee grandes riquezas naturales, parece que de alguna manera siempre surge un discurso para justificar presiones externas. Y eso no es algo nuevo: ha ocurrido en muchas partes del mundo. Por eso, coincido con quienes dicen que cualquier persona que apoye la intervención militar de un país extranjero en su propia nación soberana está faltándole al respeto a su patria.

También es importante mencionar que lo que se vive dentro de Venezuela no es exactamente como lo describen algunos medios internacionales. La realidad cambia mucho según la zona, la ciudad y las circunstancias de cada familia. Hay lugares donde los servicios funcionan de forma estable, donde la gente trabaja y lleva su vida con normalidad; y también existen áreas donde hay más dificultades, como pasa en cualquier país. Pero no se puede generalizar ni usar solo los casos negativos para describir a toda una nación. Mucha gente vive en calma, sin caos y sin violencia extrema, y eso casi nunca se muestra en las noticias.

La presión internacional y las sanciones tampoco ayudan, porque crean miedo y aumentan la confusión. Creo que los conflictos entre gobiernos deben resolverse con diálogo, diplomacia y respeto a la soberanía, no con amenazas o con discursos que buscan dividir.

Los venezolanos merecemos estabilidad y paz, no ser usados como excusa para intereses ajenos.

En conclusión, Venezuela no es un país narcotraficante ni un territorio en guerra. Es una nación con enormes riquezas naturales y con un pueblo trabajador que ama su tierra. Como venezolana, me duele ver cómo se exagera o se manipula la información para hablar de mi país. Confío en que el camino siempre debe ser el entendimiento, el diálogo y la defensa de nuestra soberanía, para que Venezuela pueda ser vista como lo que realmente es: un país lleno de vida, de recursos y de personas que quieren un futuro estable y en paz.



13. Romelia Parra de Aphan en la graduación de las AUNEX UMH

La niña de la muñeca

Luisa Sánchez Giménez

Te quiero contar la historia.

Cuando era pequeña salíamos los días de fiesta. Para ver las fiestas nos daban nuestros padres dinero para comprarnos algo y lo echábamos en la tómbola, pero no me tocaba nada.

Una vez un matrimonio muy agradable conocido me preguntó si me había tocado algo, les dije que había echado, pero no me tocó, y me dijo el señor "toma dinero y échalo a ver si te toca", y tuve la suerte que me tocó. Me fui muy contenta con la muñeca, y fui a enseñársela para que vieran lo contenta que estaba y lo que me había tocado.

La señora me dijo "Qué bonita", se la dejé, y cuál fue mi sorpresa que no me la devolvió. Cuando vi que no me la daba me puse muy triste. Me habría gustado pasearme por la feria con mi muñeca vestida de azafata y jugar con ella.

Al día siguiente me llamó mi madre, que me levantara que tenía visita. Y era la señora de la muñeca. Le dije que daba igual, que, si le gustaba que se quedara con ella, y le dijo a mi madre "Si me voy a casa con la muñeca, mi marido nunca me ha pegado, pero me daría una paliza, que por qué le hice eso a la chiquilla". Y yo me puse muy contenta y feliz con mi muñeca.

Pero me faltó más felicidad, que me hubiese dejado la muñeca desde el principio que me tocó, y pasearme por la feria con mi muñeca.

Yo siempre quise a ese matrimonio, porque eran unas grandes personas y buena gente, y nunca los olvidaré.



14. Luisa Sánchez Giménez

Seguir aprendiendo

Abayomi Tajudeen Mustaphakwenus

Compañeros y compañeras, gracias por prestarme estos minutos.

Prometo ser más breve que cuando un médico dice 'solo un examen más'... ¡y todos terminamos esperando horas!

Antes de continuar, quiero pedir disculpas si hablo raro o si mi pronunciación del castellano no es perfecta... Sigo aprendiendo, y estoy muy agradecido de poder hacerlo con todos ustedes.

Mi nombre completo es Abayomi Tajudeen Mustaphakwenus, pero para mis amigos y para todos ustedes, pueden decirme Yomi. Sé que algunos pensarán que suena raro... y otros se preguntarán:

'¿Por qué no se llama Paco, Antonio o Juan?'... ¡y nos reiremos juntos!

Como el único hombre negro en esta clase, he aprendido algo muy valioso: no se trata de impresionar, sino de compartir, acompañar y aprender juntos.

Quiero dar un agradecimiento especial a nuestras profesoras. Gracias por dar todo de ustedes, por mantenernos activos y motivados, enseñándonos no solo conocimientos, sino también habilidades y herramientas de inteligencia emocional. Gracias a ustedes aprendimos a comunicarnos mejor, a escuchar, a expresarnos... y también a reírnos de nuestros errores.

Hace un tiempo enseñé inglés a un grupo de médicos. Todos estaban motivados... excepto uno que dijo: 'Es difícil a mi edad', y otro que confesó: 'Lo necesito para mis viajes con Médicos Sin Fronteras'. Nos reímos mucho, porque pronunciar *anesthesiologist* sin trabarse parecía un deporte extremo. Pero cada error fue aprendizaje, y cada pequeño avance, motivo de alegría. Esa experiencia me enseñó algo profundo: nunca es tarde para aprender algo que realmente importa, y la curiosidad nos mantiene vivos y conectados.

Ahora que hemos terminado sus asignaturas de este año, quiero decirles que las voy a extrañar. Pero sé que todo lo que aprendimos nos da herramientas para seguir adelante, mantenernos activos y seguir creciendo.

No envejecemos por las canas... envejecemos cuando dejamos de aprender y de intentar cosas nuevas. Así que, compañeros, no digamos 'ya terminé'. Digamos: 'Apenas estoy empezando'.

Mientras tengamos curiosidad, paciencia y ganas de aprender, seguiremos creciendo y dejando huella... No solo en nosotros mismos, sino en todos los que nos rodean.

Recuerden: cada risa, cada error y cada esfuerzo cuenta. Aprender nunca termina, y gracias a ustedes, hoy me siento más inspirado, más conectado y motivado que nunca.

¡Muchas gracias!



15. Abayomi Tajudeen Mustaphakwenus (YOMI)

La conquista de un castillo del Rey Loco a lomos de un Audi A4 descapotable

María Dolores Cano

Quiero comenzar dando las gracias a los profesores y a la universidad por brindarme la oportunidad de participar en este curso.

Me llamo M.^a Dolores y nací en un pequeño pueblo de Ciudad Real, Villamayor de Calatrava, un lugar muy humilde, pero lleno de encanto. Hoy quiero compartir con vosotros una de las experiencias más especiales de mi vida.

Hace unos años, por mi cumpleaños, mis hijos y mi exmarido viajaron conmigo en una escapada que recuerdo con muchísimo cariño. Todo empezó gracias a un regalo muy especial que me hizo mi hijo: había alquilado un Audi A4 descapotable para recorrer juntos parte de Alemania y, además, había conseguido entradas para visitar el famoso castillo del “Rey Loco”, en Baviera. Desde ese momento supe que viviríamos una aventura inolvidable.

Conducir por la autopista alemana fue toda una experiencia. Mis hijos me animaban a aprovechar la ausencia de límite de velocidad. Yo iba con emoción... y también con un poquito de miedo. Pero aun así llegué a poner el coche a 178 km/h. Algo impensable para mí, pero que me produjo un subidón de adrenalina increíble.

Durante el viaje disfrutamos muchísimo de la gastronomía local y de unos paisajes que parecían sacados de una postal: montañas, bosques, prados verdes y los típicos pueblos alemanes con sus casas de madera. Íbamos viendo vacas pastando y lagos brillando al sol. Una belleza auténtica.

Pero sin duda, el momento más mágico fue la visita al Castillo del Rey Loco. Al llegar, tuve la sensación de entrar en un cuento de hadas. El castillo se alzaba imponente entre montañas y lagos, y su arquitectura, con ese aire medieval y romántico, impresionaba desde cualquier ángulo. Pasear por sus salas decoradas con terciopelo, cuadros de personajes históricos y una sala del trono llena de detalles y lámparas con miles de cristales fue como viajar a otra época. Contemplar las vistas desde allí arriba fue, sencillamente, mágico.

Para mí, este viaje fue mucho más que unas vacaciones. Fue un regalo lleno de emoción, aventura y momentos que guardo con muchísimo cariño.

Muchas gracias por escucharme, y ojalá pueda seguir viviendo y compartiendo nuevas aventuras.



16. Castillo del Rey Loco, oficialmente castillo de Neushwanstein situado en Baviera, Alemania.

Año 1992. Oposiciones

Teresa Sansano Soler

El año 1991 reflexioné que, ahora que mis hijos no me necesitaban tanto porque se iban haciendo mayores, era el momento de decidir qué hacer en el futuro próximo.

Me enteré de que habían convocado oposiciones al **SERVASA** (se llamaba así entonces), me inscribí en un curso de formación y estudié preparándome para cuando llegaran los exámenes.

Los convocaron para junio de 1992 y ese mismo día se casaba una sobrina nuestra en Cataluña. Me costó mucho decidir no ir a la boda y privar a mi marido y a mis hijos de esa celebración familiar. Yo intenté que fueran ellos, pero dijeron que, si no íbamos todos, no irían.

El examen fue en la Universidad de Alicante. Allí estudiaba mi hija mayor, pero yo no había entrado nunca al Aulario. Me impresionó lo grande que era y la cantidad de personas que entramos allí, todos compitiendo por lo mismo, y las plazas ofertadas en la oposición no eran tantas.

Comenzó el examen tipo test y me di cuenta de que había estudiado mucho, así que fui contestando con bastante seguridad. Al final, repasé el examen procurando acordarme de las respuestas para comprobar lo que pudiera en casa. Allí, con una amiga y compañera, llegamos a la conclusión de que había contestado muchas preguntas correctamente. Faltaba ver qué nota me pondrían.

El segundo examen era el de mecanografía y fue una gran casualidad encontrar a una compañera del colegio, a la que hacía tiempo que no veía. Teníamos el mismo nombre y apellido, y eso nos unía mucho. Nos encontramos en el Servicio de RX del Ambulatorio, donde tuve que acompañar a mi hija menor, y mi amiga también tenía cita para unas radiografías.

Mientras esperábamos, me contó que había aprobado unas oposiciones a SUMA y que me iba a prestar su máquina de escribir, que era una de esas antiguas, con teclas redonditas. Con ella habían aprobado tanto ella como una amiga a quien se la prestó años después.

Yo sabía escribir a máquina y había trabajado seis años en una oficina, pero desde que me casé llevaba veinte años sin escribir. Así que, con mi viejo libro de mecanografía y la máquina de mi amiga, estuve practicando todo lo que pude hasta octubre, cuando tuvimos el examen.

Con nuestras máquinas auestas subimos a la biblioteca de la Facultad de Filología.

Una vez sentados allí, nos dijeron que nos darían una hoja con el texto que había que copiar; sonaría un silbato para empezar y otro para parar inmediatamente. Han pasado muchos años, pero recuerdo el silbato, el gran estruendo de tantas máquinas escribiendo, el silbido final y el silencio que se hizo entonces.

Hasta finales de diciembre no supimos las notas, pero acabé el año con la buena noticia de que... ¡había aprobado!

En mayo, por fin, comencé a trabajar y, otra casualidad, fue en el Servicio de RX del Ambulatorio.



16. Foto de la Teresa Sansano Soler en el trabajo.

Recuerdos de París

M^a Carmen Román Castillo

Buenas tardes, mi nombre es Mari Carmen y quiero compartir con ustedes un viaje que realicé con mis hijos a París.

Fue un viaje corto pero intenso, de los que quedan en el recuerdo para siempre.

En aquel momento mi hija vivía en Dublín y mi hijo en Valencia, y me regalaron este viaje para compartir un fin de semana juntos.

El viaje comenzó en Valencia. Allí cogimos el vuelo hacia París, mi hijo y yo. ¡Menos mal que iba con él, si no, no sé dónde hubiera acabado, igual en China!

Al llegar al aeropuerto (inmenso) estuvimos esperando que llegara mi hija, y tras un gran abrazo cuando ella llegó, cogimos un autobús que nos dejó en el mismísimo Arco del Triunfo. Nos pilló de sorpresa porque no nos lo esperábamos.

Una vez alojados en el hotel partimos a ver la Torre Eiffel. Vista al natural te deja sin palabras, no hay forma de explicar lo inmensa que es.

El primer día acabó después de dar un paseo por sus barrios emblemáticos, como Montmartre. Con sus calles empinadas, disfrutamos de una cerveza con unas vistas impresionantes a la noche de París. Simplemente estar allí con la mejor compañía que podía tener, ya valía la pena.

El paseo continuó viendo el Sagrado Corazón y el *Moulin Rouge* (en la puerta).

En el segundo día hicimos un free tour que nos llevó a la Isla de Paris, donde se encuentra *Notre Dame*. La chica del tour nos iba explicando lo que íbamos viendo y la historia de cada lugar.

Incluso nos tomamos un café en el mismo lugar, que Emilia Clarke se lo tomó al final de la película “Yo antes de ti”.

El tour acabó en el *Louvre*. Lástima que por falta de tiempo no pudimos entrar (queda pendiente).

El día terminó realizando un crucero por el Sena, al ser de noche pudimos ver la Torre Eiffel iluminada. Fue increíble, un espectáculo impresionante.

Lo más importante de este viaje fue poder pasar ese fin de semana con mis hijos y compartir esos momentos con ellos.

Gracias por escucharme, y desde aquí os animo a que visitéis París o cualquier ciudad o lugar que os guste con vuestros seres queridos.

Gracias.



17. Foto de la familia Cano-Román n París

NOVELDA 2025-2026

Mi historia

Rosa Muñoz Lozano

Clara tardaría bastante tiempo en escuchar el poema “Caminante son tus huellas el camino y nada más; caminante no hay camino, se hace camino al andar” de Antonio Machado. Tampoco sabía, por aquel entonces, que la poesía y el teatro formarían parte de su vida.

Era verano y el sol caía a plomo en las viñas cercanas al río Vinalopó. La niña le dijo a su padre que cuando fuera mayor (apenas tenía 13 años) tendría un apartamento en la playa. Su padre sonrió, contuvo una carcajada para que su hija no pensara que era un sueño imposible; aun así, y tras una mueca, le hizo el siguiente comentario con un tono burlón “si puedes...”.

Clara siguió atando los sacos que protegerían del sol y de los insectos las uvas cuyo cultivo daban de comer a toda la familia. Era una familia compuesta por seis miembros. Juan y Margarita habían tenido cuatro hijos y ella era “la nena”. Desde muy pequeña le pareció una injusticia que ella, por ser mujer, fuera la única que ponía la mesa y realizaba las labores del hogar, mientras sus hermanos veían la tele en el salón. A la hora de trabajar en el campo, no había discriminación alguna: todos colaboraban.

La imaginación de la niña era desbordante y para que las horas de trabajo en el campo fueran menos tediosas, inventaba historias y cantaba canciones que le hacían olvidar el calor y el cansancio. Soñaba con un mundo mejor, alejada de aquellas viñas. Ella lo conseguiría, estaba segura.

Los estudios no se le daban mal. Llegó a la Universidad, estudió Filología Hispánica en Alicante, pero tuvo que renunciar al sueño de ser actriz porque sus padres no le permitieron ir a Valencia. Lo que no sabía todavía es que podría realizar su sueño de otra forma, pues en la carrera tuvo la asignatura de Dramatización y Teatro, y cuando por fin ejerció de profesora de Lengua y Literatura, dirigió 9 obras de teatro con su alumnado.

Creía profundamente en el poder educativo y transformador del teatro.

Había conocido a niños incapaces de aprobar un examen y, sin embargo, se aprendían un papel de memoria para participar en la obra de teatro. Sus mentes volaban a mundos imaginarios donde todo era posible.

Clara viajó por varias zonas de España, y vivió en Murcia y en Barcelona. Después impartió clases en Manises, La Vall d’Uixó, Villajoyosa, Torrevieja (donde se compró su apartamento con vistas al mar) y Monforte del Cid.

Aquella niña que soñaba con salir de su pueblo y conseguir la libertad

de vivir por sí misma, no había imaginado que volvería a sus raíces. Tras un largo periplo de preparar clases, recitar poesías y corregir exámenes volvería a sus orígenes, a su pueblo. Y allí seguía aprendiendo, ahora como alumna, porque la vida es un

continuo aprendizaje. “Al andar se hace camino, y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar. Caminante no hay camino sino estelas en la mar”.

Sigamos disfrutando del camino y de las oportunidades que la vida nos brinda.

¡Gracias a todas y a todos por vuestra atención!

La aventura de la infancia

Ramona Rubio Rueda

Esta es una historia de recuerdos, de esos que vuelven cuando vas cogiendo años.

Hay uno que últimamente viene mucho a mi cabeza, un recuerdo de niñez, de familia, de unidad y amor, un recuerdo de aventura para mi corta edad, quizás de los primeros que mi mente atesora.

Era un día de mona en el que mi familia decidió que tenía que ser distinto y hacia el Safari de Vergel nos dirigimos al completo.

Todos apretujados en los coches que había en aquel entonces que no eran muchos pero que poco importaba, eso hoy en día es impensable,

¡Seis críos metidos en el asiento de atrás, que insensatez!

Los primeros *flashes* que me vienen son caras de felicidad y miedo, pegadas a las ventanillas mirando esos leones paseando como si el mundo no fuese con ellos.

La voz de mi abuela diciendo:

— ¡Francisco ni se te ocurra bajar la ventanilla que te conozco!

Y mi abuelo resoplando:

— ¡Que ya lo sé María que no se puede!

Y nosotros por lo bajito “que la baje, que la baje”

Bajamos del coche en tropel, no me preguntéis por qué, pero mis primos y yo quedamos pegados a mi abuelo y a la nevera portátil.

Los mayores cargados cogieron otro camino, supongo que, a buscar sitio para después comer, y nosotros empezamos la aventura junto a uno de los seres más maravillosos que han estado en mi vida.

Podría contaros las miles de historias que ha dejado dentro de mí, pero esta va de una experiencia que engloba a toda familia.

Así empezamos el recorrido mirando a través de las cercas, como siempre él explicando todo, nosotros embelesados mirándole. Si la película del Doctor Doolitel la hubiesen filmado en aquel entonces él hubiese sido el protagonista.

Seguimos nuestro camino en grupitos porque os pongo en antecedentes, mi familia es una de esas en la que hemos nacido siempre dos, tres o cuatro el mismo año, eso ha hecho que más que primos seamos amigos de por vida.

Siguiendo con mis sesgados recuerdos, Fuen, Yolanda y yo, pues somos las terceras en nacer, no parábamos de escuchar a los mayores decirles:

— Abuelo nos la vamos a cargar...

Y él contestaba riendo:

— ¡Ojos que no ven, corazón que no siente!

Nosotras nos mirábamos unas a otras y los mayores nos decían:

— Vosotras a callar.

¿Seríamos, para ellos, las chivatas de aquel entonces? No entendíamos por qué decían eso, si estábamos disfrutando de lo lindo con aquel rebaño que mi abuelo iba reuniendo. ¡Incluso una cebra, preciosa, iba a su lado!

La mañana fue pasando, descubriendo una especie tras otra, de vez en cuando mi padre se acercaba y nos miraba muerto de risa, negando con la cabeza. Mi abuelo encogiéndose de hombros le decía:

— Manolo, lo que estoy disfrutando hoy, no me lo quita nadie.

Siempre han tenido una conexión especial entre ellos, quien diría que mi padre no era el hijo, sino el yerno.

Entre idas y venidas llegó la hora de la comida, la nevera fue abierta y... Recuerdo mirar hacia arriba y ver caras con diferentes expresiones, unas intentando no reír, otras de sorpresa y sobre todo la de mi abuela ¡parecía todo un poema!

De momento se escuchó:

— ¿¡Pero Francisco, que has hecho!?

Y mi padre como siempre, su fiel defensor:

— ¡No pasa nada María, con lo que hay nos arreglamos!

Ahora, con el paso del tiempo pienso, ¡con razón nos seguían todos aquellos animalitos!

¿Porque los abuelos no serán eternos?

Yo, por suerte, he disfrutado de seis. Si, como oís, de seis, pero esa es otra historia que contar.

La bondad que te ilumina. Leo mi cielo de 5 años

José Luis Alted Martínez

Cinco años ya, compartiendo aventuras, aprendizajes e ilusiones; junto con los estímulos y necesidades que vas adquiriendo en el transcurrir de tus días.

Nunca imaginé, ni por asomo, que ibas a invadir mi rutina cotidiana y mucho menos cómo has despertado sentimientos dormidos en un rincón de mi corazón.

Has revivido en mí recuerdos de infancia y de vida, y un amor hacia ti que es lo más puro y entrañable que he sentido.

Eres un cielo, pero ni un cielo cualquiera, sino un cielo completo, que despierta lo más humano, sensible y generoso de mi persona.

Compartir contigo es un aprendizaje continuo, donde el tiempo se para, donde convergen nuestros mejores y más generosos sentimientos.

Vivir estos momentos engrandece el alma y el pensamiento afectivo que bullirá en esa cabecita sagaz y tierna a la vez, tan rebosante de vida y cariño e ilusiones.

Tu llegada ha sido un regalo para tu entorno más cercano, nos premias con tu calor y tu “color” intensos, con ellos nos acaricias el alma con tu ternura y bondad.

Deseo que en este viaje de vida nos sigas aportando un camino amable y generoso. Siempre.

Eres una luz inesperada que ha iluminado todo mi universo.

Si algo sincero te puedo ofrecer es un consejo eterno: aprovecha tu tiempo y crece, nunca dejes de crecer interiormente y que tu estrella nunca deje de brillar e ilumine tus pasos.

Cuanto te amo, mi cielo.

Maestras de vida

M.^a Ángeles Sáez Manresa

No conocí a ninguno de mis abuelos, sí a mis dos abuelas. Eran muy distintas, quizás ellas representaban a cada una de las dos Españas.

Una era dominante, mandona y muy poco cariñosa. Quizás el haber perdido la visión siendo aún muy joven no ayudara mucho a que fuera de otra manera. Yo no le tuve mucha simpatía nunca.

Sin embargo, mi otra abuela era una mujer a la que siempre he soñado con parecerme. No la he oído quejarse nunca, amaba la vida sobre todas las cosas, era fuerte y positiva, y hacía frente a las desgracias con una entereza envidiable.

Yo recibí de ella muchas enseñanzas. La principal: que la vida es como es y hay que adaptarse a ella e intentar hacerla bonita. Y tengo de ella dos anécdotas que me marcaron.

La primera es de esa edad entre 15 y 16 años, que empiezas a vivir y te crees la reina de la fiesta y que a todo el mundo le gustas. La verdad es que yo ligaba mucho y presumía de ello, con esa inocencia de la adolescencia. Y una vez que me oyó presumir, mi abuela me dijo: “Ten presente que a todo el mundo no le vas a gustar y aprende a no sufrir por ello”.

La segunda anécdota es de cuando mi madre falleció, siendo muy joven. La noche del velatorio entró una amiga de mi abuela y abrazándola le dijo: “Ay, Encarnación, te tenías que haber ido tú y no tu hija”. Y ella, con una serenidad tremenda, le contestó: “María, no nos teníamos que haber ido ni ella ni yo”. En esos momentos la contestación de mi abuela me dolió, ya que ella era muy mayor y mi madre tenía 39 años y una vida por delante. Algún tiempo después lo hablé con ella y me dio otra lección de vida. Me dijo que lo peor que podíamos hacer era macharnos pensando que por qué ella y no yo; que eso no llevaba a nada, que la vida es la que nos toca y no nos podemos cambiar por nadie ni para bien ni para mal.

Es un bonito recuerdo de mi abuela, que no sabía leer ni escribir, pero que tenía toda la sabiduría que te puede dar la vida.

AMISTAD, en mayúsculas

José María Segura Palomares

Buenas tardes, profesora, compañeras y compañeros, me llamo José María, tengo setenta años y en el breve espacio de tiempo que dispongo voy a intentar compartir con vosotros el significado que para mí tiene la palabra AMISTAD.

Érase una vez un grupo de seis niños de unos cinco años que se conocieron en el colegio, aunque la mayoría ya se conocían de antes por ser sus padres amigos. Estuvimos juntos compartiéndolo todo hasta los catorce, se podría decir que nos asemejamos a los cinco de las novelas de Enid Blyton porque como ellos siempre estamos ideando aventuras. Por comentar algunas de ellas mencionaré las excursiones al paraje de la loma del Campet en Novelda a coger espárragos para después merendarlos como relleno de una tortilla hecha con el huevo que traíamos cada uno y la madre de nuestro amigo Paco cocinaba en su casa, que era nuestro cuartel general de juegos y deberes escolares, o la primera acampada solos el año 1968 al nacimiento del río Vinalopó en Bañeres con una tienda de campaña que se asemejaba más a las de las películas del desierto que a las modernas. También nuestras andanzas correteando por encima de los tejados por dónde nos desplazábamos de una calle a otra.

A los doce años comenzamos a hacer pandilla con chicas y ese fue el germen de emparejamientos futuros que haría que de seis pasáramos a ser doce.

A partir de los catorce años por estudios o desplazamiento de nuestros padres por motivos laborales nos fuimos separando físicamente y en ese momento creo que empezamos a conocer y sentir de verdad el significado amplio de la palabra AMISTAD, ese hilo rojo de la leyenda oriental que une a personas destinadas a encontrarse y que puede estirarse, enredarse o tensarse, pero nunca se rompe. El yo individual se difumina en el yo colectivo cuando existe mucho cariño.

A lo largo de la vida vas haciendo más amigos, pero la unión y complicidad que tenemos los seis de los que hablo es muy especial, porque seguimos siendo seis y aunque ya falta uno de nosotros la comunicación con él es la misma de siempre, notamos su presencia en multitud de momentos y situaciones; una persona sólo se va cuando se le olvida y eso no va a pasar nunca.

Como decían *Les Luthier* “cualquier tiempo pasado fue anterior” parafraseando jocosamente el dicho de que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Yo creo que lo mejor siempre está por venir y deberíamos aportar todo nuestro granito de arena para que así suceda.

Quien ha experimentado lo que es la AMISTAD sabe de lo que hablo y quién no, estoy seguro de que le gustaría saberlo.

Muchas gracias.

Egipto

María Carmen Cantó Boyer

Siempre me ha apasionado la Arqueología. Conocer cómo era la vida de nuestros antepasados, sus modos de vida, cultura etc.

Cuando veía los documentales sobre Egipto y todas las maravillas que allí se mostraban pensaba: “Quizá algún día pueda visitar esos lugares”.

Se presentó la ocasión y con mucha ilusión empecé a preparar la maleta para no olvidarme de nada.

Y llegó el día de la partida. El taxi nos recogió de madrugada para llevarnos hasta la estación y coger el tren hacia Madrid.

Ya en Atocha y a punto de subir al taxi que nos conduciría hasta el aeropuerto nos dimos cuenta de que faltaba la mochila con toda la documentación, pasajes etc... ¡Se había quedado en el tren! Pensé que allí terminaba nuestro viaje, pero afortunadamente pudimos recuperarla y seguir adelante. ¡Respiramos profundamente!...

Nuestro primer destino fue Asuan. Allí nos esperaba el autobús que nos llevaría hasta el barco (allí le llaman motonave) y pudimos descansar después de un día agotador entre estaciones y aeropuertos.

Nos avisaron que los madrugones iban a ser diarios, ya que se quería evitar el calor y el tumulto de la gente. Y así fue.

El primer día visitamos los templos de Abu Simbel a orillas del lago Nasser. La fachada del templo dedicada a Ramsés II es una maravilla.

El día siguiente visitamos los templos de los dioses Sobek y Horus, uno de los mejores templos conservados. Después de pasar la última esclusa llegamos a Luxor.

La navegación por el Nilo era plácida. Mientras bordeaba la orilla entre palmeras, juncos y papiros dejaba volar mi imaginación y pensaba que en un recodo aparecería la cestita de mimbre que transportaba a Moisés...

Dedicamos la mañana a visitar el Valle de los Reyes y el templo de la reina Hatshepsut.

El Valle de los Reyes nos da una idea de lo importante que era para los egipcios el tránsito a la otra vida y cómo hacerla lo más agradable posible; las tumbas funerarias con sus galerías llenas de pinturas son una pasada.

Por la tarde visitamos los majestuosos templos de Luxor y Karnak. El bosque de columnas grabadas que se elevan hasta el cielo y el paseo de las esfinges es ¡impresionante!

En estas ciudades los niños se acercan insistentemente a los turistas ofreciendo sus objetos: ¡cómprame, barato, barato! En fin, es su medio de vida.

Amanecemos en El Cairo. Después de un recorrido por Menfis, antigua capital de Egipto nos dirigimos hacia la meseta de Guizeh donde la panorámica de las 3 pirámides, Keops,

Kefrén y Micerinos te deja sin palabras.

El siguiente día estaba dedicado a conocer la ciudad de El Cairo. La visita al Museo para ver, entre otras cosas, la máscara de Tutankamón, el barrio copto donde se encuentra la iglesia que cobijó a la Sagrada Familia en su huida de Herodes a Egipto y la gran mezquita de Alabastro, para terminar en el gran bazar y efectuar las últimas compras y regatear como es costumbre.

El viaje tocaba a su fin. Mi cabeza era como una coctelera donde se mezclaban dioses, faraones, reinas, templos que una vez en casa debía ordenar y revisar, pero sobre todo me traía una maleta repleta de recuerdos, emociones, lugares y amigos que nunca podré olvidar.

¡Se había cumplido mi sueño!



18. Las tres grandes pirámides de la meseta de Guiza

Algunos recuerdos

Loli Pastor Beltrá

Estimada profesora y estimados compañeros, es un placer poder compartir con todos vosotros algunos de mis recuerdos que he escrito con mucho cariño.

Recuerdo que cuando era niña fui al colegio Gómez Navarro que estaba muy cerquita de mi casa. Doña María era mi maestra y era muy cariñosa y amable. Escribía en la pizarra con una letra muy bonita y yo ya quería ser como ella. ¡Una maestra y lo conseguí!

Teníamos un solo libro, "La Enciclopedia", que para mí era mágico, pues tenía de todo: matemáticas, geografía, historia, lengua... pero todo en blanco y negro, hasta los dibujos. Cuando se lo cuento a mis nietos no se lo creen. ¡Abuelita, no puede ser! ¡Ojalá hubiese tenido yo los libros que tenéis vosotros ahora, tan ilustrados, con colores, dibujos!...

Deseábamos bajar al recreo porque nos daban un vasito de leche en polvo muy calentita y una chocolatina. ¡Qué rica estaba!

No había calefacción y mi padre con toda su ilusión me hizo un braserito. Con un bote de lata con dos asas muy largas que llevaba yo al colegio tan contenta y lo ponía debajo de la mesa para estar calentita. ¿Os lo podéis imaginar? ¡Parece que he vivido en la Edad de Piedra! “¡No te quemes, lleva cuidado!” me decía mi padre siempre.

Al salir del colegio cuando llegaba a casa siempre estaba mi madre. Escuchaba en la radio la novela mientras cosía, hacía punto, ganchillo o planchaba. Al entrar ya se percibía ese olor a braserito de carbonilla que mi madre ponía debajo de la mesa camilla para estar calentitas. También a veces ese olor a pan tostado o a ropa recién planchada. Mi madre no paraba de hacer cosas. ¡Cómo si la estuviese viendo ahora!

Mientras me preparaba la merienda, una cordeta del horno del Moreno con chocolate, sonaba en la radio aquella sintonía del Cola-Cao: “Es el Cola-Cao desayunos y meriendas...” ¡Todavía sigo tomándolo!

Después me iba a jugar a la calle con mis amigas y amigos y lo pasábamos genial. ¡La calle era nuestra! Un sacaba la pelota, otra la cuerda, otras las piedrecitas, la teja... y cantábamos aquellas canciones que no se me olvidan: “Al cochecito leré”, “Al pasar la barca” y “mi pelota lo que bota”

También jugábamos al burro que nos subíamos encima del que le tocaba, al escondite, la gallinita ciega, la teja con aquellas cuadras que nosotras pintábamos en el suelo con una tiza. En fin, con juegos tan sencillos lo pasábamos muy bien.

Mi madre me vigilaba por el balcón y al rato me llamaba: “Loli, sube, ya está bien” y si no tenía deberes me enseñaba a hacer punto, coser... me decía: “Tienes que hacer cosas de provecho”.

En mi casa también estaba mi abuelo materno, Cándido. El único abuelo que conocí. ¡Cuánto le quería! Tenía los ojos azules y siempre llevaba un chaleco negro y en el

bolsillito su reloj de cadena que a mí tanto me gustaba. Al salir a la calle se ponía su sombrero y cogía su garrote. Era muy gracioso y yo tenía mucha conexión en él. Me enseñó a jugar a la brisca con las cartas, me daba dinerito para comprar dos “borrachitos” del Molino, uno para él y otro para mí. ¡Qué ricos estaban!

Mi abuelo también tenía un carro y una mula y recuerdo lo bien que lo pasábamos cuando nos subía a todos los primos y nos llevaba al campo suyo o a Orito, a las fiestas de San Pascual, donde nos compraba dos puritos de caramelo y una pelotita de goma. ¡No se podía pedir más! ¡Estábamos felices y contentos!

Le gustaba mucho la radio, sobre todo escuchar las noticias y el tiempo porque como era agricultor quería saber si llovía o no. ¡Le hubiese encantado la TV y en colores hubiese alucinado! Pero murió cuando yo tenía 10 años y me entristeció mucho.

Pero la vida sigue y ahora ¡la abuela soy yo!

¿Cómo puede ser que haya pasado el tiempo tan deprisa? ¡Ya tengo seis nietos preciosos!

¿Cómo ha cambiado todo tanto?

Yo soy una abuela feliz y siempre he jugado y sigo jugando con mis nietos, tanto a los tradicionales como algunos tecnológicos donde ellos me han metido, como hacer *TikToks* que claro, se han reído de mí. Pero siempre nos hemos reído juntos y lo hemos pasado genial.

Ahora ya con los nuevos juegos tecnológicos con el móvil, la Tablet, la consola, el ordenador... juegan como locos y ya la abuela no existe. Se pueden pasar horas y horas y no se oyen. ¡Silencio...! ¿Dónde están? ¡Seguro que la IA los encontrará! Este es otro tema...

Quiero acabar con aquellas palabras del profesor de la película del “Club de los Poetas Muertos”: “*Carpe diem, Carpe diem*”. Aprovecha el día, que les decía a sus alumnos. Aprovecha el día y sueña aquello que quieres conseguir.

Yo lo intento y sigo soñando.

Ser hija de un guardia civil es una vida en movimiento

Ana María Monteagudo López

He pensado en este relato porque el hecho de que mi padre fuera Guardia Civil en las décadas de los 60 y 70 ha marcado mi vida y hemos estado en bastante movimiento con tantos traslados y cambios de colegio, los estudios, cambio de amigos, cambios de casa, viviendas precarias, por ejemplo, no tuvimos agua corriente y ducha en casa hasta que llegamos aquí a Novelda en 1973, a veces teníamos que compartir la ducha y el WC con todo el cuartel

Nací en 1957 en Cuenca y Cuando tenía 5 años, en 1962, nace mi hermana M del Mar y mi padre entra en la Guardia Civil, está unos meses en la Academia en Madrid y le dan el primer destino.

Los tres primeros destinos fueron en la provincia de Castellón

El primer destino fue en una playa llamada Sol de Rios cerca de Vinaroz o era un pueblo, era el cuartel con algunas casas de campo cerca, había 5 guardias y una cabo, las viviendas tenían una cocina -comedor y una habitación que en mi caso estaba dividida en dos por una escalera, el cuarto de baño era uno común para todo el cuartel, no teníamos luz ni agua, nos alumbrábamos con quinqués y carburos.

No había colegio cerca, ni autobús. Estaba a 5-6 Km de Vinaroz, como yo no podía ir al colegio, me fui con mis abuelos a Almodóvar del Pinar en Cuenca.

Al año siguiente 1963 le dieron otro destino a mi padre: a Forcall. Allí ya había colegio, y nace mi hermano Miguel Ángel. Yo tenía 8 años. A los 9 años hice el examen de ingreso para hacer el bachillerato en Amposta (Tarragona).

De 1966 al 1969 trasladan a mi padre a Cabanes. Ahí hice 1º y 2º de Bachiller, nos examinábamos libre porque no había instituto, nos daban clase en el colegio de Primaria. En 1º me suspendieron 7, en verano aprobé 6.

En 1969 mi padre para acercarse más a nuestra tierra, Cuenca, pidió traslado y nos fuimos a Cañizares (Cuenca) pero ascendió a Cabo y estuvimos solo unos meses, tiene que irse otra vez a la Academia a Madrid y la familia desperdigada, mi hermana al pueblo con mis abuelos para ir al colegio y mi madre, embarazada, con mi hermano y yo a Cuenca capital para yo ir a clases particulares de 3 asignaturas de 2º de Bachiller y en diciembre nace mi hermano pequeño, José Manuel.

En febrero de 1970 tiene un nuevo destino mi padre ya en la provincia de Alicante, en Cabo de las Huertas, que estaba solo el cuartel con algún chalé cerca. Tampoco tiene agua corriente, teníamos que ir andando mi hermana, con 8 años, y yo, con 13, durante un kilómetro para coger el autobús e ir a clase por la Playa de San Juan.

De 1971 a 1973 nuevo destino: Alquería de Aznar, cerca de Alcoy, pueblo de montaña. Allí ya había instituto en un pueblo, que íbamos en autobús el 3º de bachiller, ya oficial,

aprobé todo en junio (no me lo podía creer).

En 1973 fue el último traslado a Novelda ya había instituto, acabé el bachiller y COU, en 1978 fallece mi madre y yo ya estaba haciendo 2º de enfermería, y poco después asciende a mi padre a sargento y lo trasladan al País Vasco, en pleno apogeo de ETA. Mi padre en ese momento está de baja por enfermedad y lo dieron de baja por inutilidad física y después se jubiló.

Ya no me traslado más de pueblo. La vida de la Guardia Civil en aquella época fue muy dura, con tantos traslados, la precariedad de las viviendas y el miedo a ETA, gracias a Dios en este momento ha cambiado mucho

¡Muchas gracias!

Mi historia

Luis Francisco Soria Salar

Me llamo Luis y si quieres saber más, aquí va:

Soy nacido en Novelda, en el barrio de las Horcas, ahora llamado María Auxiliadora, en la primera calle del barrio, López de Vega, en el año 1969. Tengo 56 años, soy buena gente o eso dicen todos los que me conocen.

No pertenezco al barrio donde nací, pero hice mucha vida porque ahí vivían mis abuelos y la mitad de mis amigos, mi otra pandilla, que éramos lo más e incluso hicimos un grupo que cantábamos canciones de la tuna para rondar a las chavalas que nos gustaban e incluso escribí alguna canción.

Conozco a casi todos los del barrio de mis abuelos, María Auxiliadora, por no decir a todos. Fui muy feliz en él y más cuando llegaban las fiestas del barrio, que ponían la feria en su calle y pasaba todas las horas en casa de mis abuelos y subiendo a todo lo que traían y disfrutando de esos días. ¡Qué tiempos aquellos que no volverán!

Vivo en la barriada del Pedregal, llamada así por el campo de fútbol que teníamos, que era más importante que el de la Magdalena, y todos los fines de semana había un montón de partidos y la cantidad de gente que nos juntábamos.

Pertenezco al barrio de San Roque, pero nunca me he sentido sanroquero. Fui bautizado y comulgé en la iglesia de San Roque, pero me siento más de mi barriada, que nos conocemos todos los vecinos y nos llevábamos muy bien y tenía mi grupo de amigos, por no decir todos los de la barriada. Nunca se hizo nada en las fiestas del barrio.

De pequeño y de joven participé en algo que me hizo mucha ilusión: tener fiestas en mi barriada. Todos los chicos decidimos hacer nuestra fiesta por junio, que era en honor a San Juan, donde pequeños y mayores hacíamos con todas las cosas que nos daban los vecinos y empresas una hoguera, como si estuviéramos en Alicante. Esos 4 días para mí eran lo más y los disfrutaba a tope y era muy feliz. Es un gran recuerdo para mí ver a todos mis vecinos juntos esos días.

Vivo desde los 2 años en el mismo edificio, en la calle Hermanos Quintero, 15. Tengo una hermana menor y una sobrina. Soy muy feliz en mi barriada y no la cambiaría por otro lugar del pueblo. En ella he pasado mis mejores días de mi juventud y, más cuando llegaba el verano y las fiestas de julio, teníamos verbenas por toda la barriada de tres comparsas que tuvimos: los Negres, Betanis (comprobar el nombre de esta comparsa), Piratas y Beduinos, y disfrutábamos de esos días a tope.

He estudiado en el colegio Jorge Juan hasta los 16 años, donde ahora está el Casal de la Juventud, y he sido muy feliz en él y con todos mis compañeros del cole y todos mis profesores y esos directores que eran maravillosos. En el colegio conocí a mucha gente de todos los barrios del pueblo y había algo que me gustaba mucho: era la fiesta que organizábamos en mi clase por Navidad; era lo más, y el viaje de fin de curso, que era elegido y organizado por todos los alumnos de clase.

Vivo con mi madre, que para mí es la mejor que pudiera haber tenido en este mundo. No la cambio por otra. Me lo da todo; si yo no le pido nada, ella es así. A veces la hago rabiar de palabra, pero al día siguiente se nos olvida todo y nos damos un beso o me dice que no lo hagas más; pero si me coge, me da, porque me lo merezco. Mi madre siempre tiene razón y me da los mejores consejos. No sé cómo, pero siempre tiene uno.

Volar

Carmen Martínez Calpena

El domingo por la mañana era el momento más preciado de toda la semana. Mi madre se levantaba muy pronto, al oírla danzando por la cocina, saltaba de la cama como un resorte e iba corriendo a la cama de mis padres. Estaba calentita y me apretujaba en los brazos de mi padre. Seguidamente le decía: “papá, cuéntame una historia”. Y mi padre comenzaba con su retahíla ya conocida por mí:

- vols que te conte el conte de l'enfons?
- No papá, no.
- Jo no he dit no papá, no, jo he dit ni vols que te conte el conte de l'enfons?
- Papá no sigues pesat.
- Que jo no he dit “papá no sigues pesat”, jo he dit, ¿ni vols que te conte el conte de l'enfons?

Y así seguía durante un buen rato hasta que le pedía que me contase las ganas de volar que tenía cuando era un niño como yo.

Entonces sí, empezaba a relatar cómo, cuando era un niño solo pensaba en volar, ideando maneras de poder sentir la sensación que tenían las aves cuando alzaban vuelo y las patas ya no servían de nada.

Mi padre vivía en el campo, lleno de almendros y olivos, en terrenos abancalados para permitir cultivar en las lomas a diferentes alturas. Mi padre se ponía al filo del bancal, abría los brazos en cruz y se tiraba como si fuese una piscina a la parcela de abajo que estaba bastante alta para un niño que no levantaba dos palmos del suelo. Se hacía daño e iba llorando a casa para que su madre le curase. Llegó a ser tal su obsesión que un día pensó: “si els coloms i tots els pardals tenen plomes per volar, si menge plomes me creixeran ales i podré volar”. Dicho y hecho, se fue al estercolero que había al lado de la casa y que solían tener plumas de cuando desplumaban gallinas o palomas para el cocido, y se comió cuantas pudo. Terminó en el hospital de Valencia operado de una infección en la mandíbula que le quitó parte de esta.

Si creéis que esto fue suficiente para quitarle la idea de volar, os equivocáis.

Su obsesión derivó años más tarde en ser aviador, si no podía volar por sí solo, sería pilotando un aparato. Comenzó la guerra con 18 años y se alistó en el bando republicano, pidió hacer el servicio en la aviación, pero lo enviaron a comunicaciones; cuando iba a lograr pasar a la aviación, ya que en esos momentos faltaban aviadores, una bomba estalló en la cueva donde realizaban el trabajo. De nuevo al hospital; cuando se repuso ya no pudo ir a la aviación y se fue de combatiente.

Las ansias de volar siempre le acompañaron, sentía la libertad, pero durante cuarenta años no pudo ni siquiera expresarla.

Su único vuelo fue en Iberia, Alicante-Barcelona, cuando me casé, ya estaba jubilado.
Siempre lo recordó, hasta el fin de sus días.

Aquellos maravillosos años

Purificación Cola Fernández

Voy a volver una mirada a los años sesenta (mi niñez) ¿será nostalgia? o ¿qué me estoy haciendo mayor? ¡Vaya usted a saber! y también depende del día.

No sé, lo mismo me voy pareciendo a mi madre cuando contaba las historias que nosotros llamábamos “Historias del abuelo cebolleta”.

Hay un barrio tan antiguo como querido cuyas calles como Daoiz y Velarde, Santa Teresa, San Rafael y Santa Faz estaban llenas de niños y niñas casi de la misma edad, niños llenos de energía y vitalidad; “niños de la calle”, pues no había peligro ninguno, por no pasar no pasaban ni bicicletas y las puertas de las casas siempre estaban abiertas donde entrábamos y salíamos sin ningún control pues era como una gran familia.

Mis tíos no tenían hijos, ella Julieta tenía una tienda de comestibles y el José María era carpintero y su casa el lugar donde se cocía esta historia.

Se acercaban las fiestas patronales y empezaba el trasiego en la trastienda donde José María tenía un pequeño taller y construía las estructuras de madera para adornar las calles, eso sí, con las maderas recicladas de los cajones de madera donde Julieta recibía los pedidos de la tienda.

Todo el barrio colaboraba con esas manos pacientes y extraordinarias para hacer con papel de seda, flores, guirnaldas, banderitas y farolillos que adornaban estas calles.

José María en esas estructuras formaba dibujos y en cada dibujo ponía el color que le pertenecía.

Aquí entrábamos los niños y niñas.

Ya teníamos preparados montoncitos de cuadraditos de papel de seda en colores, unas gachas como pegamento y un dedal. ¡Qué ilusión! nos sentíamos mayores, pero había algo importante: ¡nos tenían controlados!

¿Para qué un dedal? Pues fácil, cogíamos el papelito, lo poníamos en el dedo corazón, metíamos el dedo con el papel en el dedal y al sacarlo se formaba un capullito que mojábamos un poquito en las gachas y pegábamos en la estructura de madera donde el color nos tocaba, eso sí, todos muy juntitos, sin ningún hueco.

Convivencia vecinal, colaboración absoluta, tardes de risas y chocolate con torta.

Falta algún niño ¡Ay, Eleuterio! te llevamos en el corazón. Los demás cada uno ha seguido su camino, pero cuando nos vemos, nos sonreímos y seguro que por un momento volvemos a hacer diabluras en la trastienda de Julieta y José María.

Consideraciones finales

Trazos de Vida es mucho más que una recopilación de relatos personales; constituye un valioso testimonio colectivo que refleja la historia reciente de una generación a través de las experiencias, emociones y aprendizajes de quienes han participado en las Aulas Universitarias de la Experiencia de la UMH. Cada narración aporta una mirada única sobre la vida, pero, al leerse en conjunto, emerge un relato común marcado por el esfuerzo, la superación, la importancia de la educación, los vínculos familiares, la amistad y la capacidad de adaptación ante los cambios sociales y personales.

Las historias reunidas en esta obra muestran cómo las trayectorias individuales están profundamente conectadas con los contextos históricos, culturales y económicos de cada época. A través de ellas se recuperan recuerdos de infancia, experiencias laborales, procesos migratorios, transformaciones educativas y cambios en los roles familiares y sociales, convirtiendo la memoria personal en una herramienta para comprender la evolución de nuestra sociedad.

Asimismo, este proyecto pone de manifiesto el enorme valor de la educación a lo largo de toda la vida. Para muchas de las personas participantes, la universidad representa una oportunidad largamente deseada, un espacio de crecimiento personal, de encuentro y de realización de sueños que quedaron pendientes en otras etapas vitales.

Las Aulas Universitarias de la Experiencia se consolidan, así como un entorno donde el aprendizaje trasciende los contenidos académicos para convertirse en una experiencia de enriquecimiento humano y construcción de comunidad.

La elaboración y puesta en común de estos relatos ha permitido también reconocer el poder de la palabra como vehículo de autoconocimiento, reflexión y reconocimiento mutuo. Compartir la propia historia implica otorgar valor a la experiencia vivida y descubrir que, detrás de cada biografía, existen emociones y aprendizajes capaces de generar empatía y conexión con los demás.

En definitiva, este libro demuestra que toda vida encierra historias, experiencias, vivencias, dignas de ser contadas y escuchadas. Preservar estas memorias no solo contribuye a valorar el pasado, sino que fortalece el presente y deja un legado para las generaciones futuras.

Las voces aquí reunidas nos recuerdan que aprender, compartir y crecer son procesos que no tienen edad, y que la experiencia acumulada constituye una fuente de conocimiento y riqueza social que merece ser reconocida y transmitida.

“Al final, todos nos
convertimos en
historias”

Margaret Atwood, 2006